

ACORDES BASTARDOS



Daniel Hermosel Murcia

Alma blanca 

AN
ALMANEIRA



Acordes bastardos



Acordes bastardos

Daniel Hermosel Murcia

Título original: *Acordes bastardos*
© de la obra: Daniel Hermosel, 2019

©de la presente edición: Alma negra Ediciones, S.L.
almanegraediciones@gmail.com
www.almanegraediciones.com

Primera edición en Alma Negra: junio de 2019

Corrección profesional: Eba Martín Muñoz
Maquetación: Eba Martín Muñoz
Diseño de portada: Juanma Martín Rivas
Ilustración: Juanma Martín Rivas Preimpresión: Eba Martín Muñoz

Impreso en España
Estilo Estugraf Impresores, S.L.

ISBN: 978-84-120464-3-4

Depósito Legal: M-18070-2019

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*How I wish
you where here.*

Índice

[01 OBERTURA](#)

[02 La noche](#)

[03 Despertar](#)

[04 El día](#)

[05 El sueño](#)

[06 Recordar](#)

[07 La realidad](#)

[08 INTERLUDIO](#)

[09 Emerger](#)

[10 Reconocer](#)

[11 Lo hecho](#)

[12 Elegir](#)

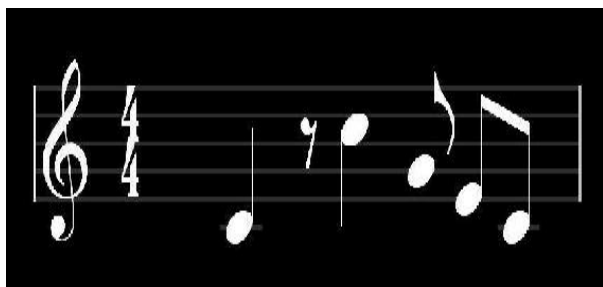
[13 Construir](#)

[14 El porvenir](#)

[15 CODA](#)

01 OBERTURA

«Speak to me» — «Breathe»^[1]



Es algo difícil de explicar, pero así es como lo experimenté...

Al principio fue el absoluto silencio lo que más me asustó. Lo dominaba todo. Poseía, ¿cómo decirlo?, consistencia dentro de la nada que me rodeaba; silencio y oscuridad. Sí, eso era. Curiosamente, no sentí frío, como habría cabido esperar.

Luego comencé a escuchar débiles latidos del que creí mi corazón. Pero no lo eran. No procedían de mi interior. Eran unos latidos lejanos que, cada vez con más fuerza, se aproximaban a mí. No era mi corazón fatigado. No podía serlo. ¿Cómo explicarlo? Se trataba del incesante pulso del universo cerniéndose sobre mí. Después pude escuchar esa maquinaria celestial mientras me engullía, mezclándose con mi propio ser, absorbiéndome, fundiéndome con el infinito. Me dejé llevar por esa arrebatadora tormenta cósmica.

¿Acaso podía resistirme? ¿Puede una gota de agua dirigir el curso de las mareas?

Entonces me desbordó la inmensidad del Todo concentrado en mí. Quedé reducido a una insignificante vibración, a mucho menos; era un eco. Y, al mismo tiempo, fui consciente de que yo era el motor de ese cambio trascendente.

Y lo tuve claro. No cabía la menor duda. La situación cobró sentido y me calmé. Reí. Reí a carcajadas. ¿Te lo puedes creer?

Estaba muerto.

Nacemos con un grito.

Lo primero que hacemos es respirar, llenar nuestros pulmones de aire para después soltarlo en el llanto, la primera tímida huella que nuestra existencia deja. Después la respiración se convierte en algo inconsciente, un recuerdo de la primera toma de aire, un ensayo de la definitiva espiración. Finalmente, completamos el ciclo y, en nuestra última acción, liberamos un soplo de vida postrero.

Para algunos no es aire lo que exhalamos. Hay quien cree que es nuestra

alma, que se libera de la prisión del cuerpo, llevándose consigo todo lo que fuimos; todo lo que escuchamos, incluso antes de nuestro primer grito; lo que sintió cada pequeña parcela de piel; todo lo que vieron nuestros ojos; los sabores ya perdidos; nuestros deseos, nuestros sueños cumplidos; las últimas frustraciones, las últimas lágrimas vertidas. Todo. El espíritu liberado se escapa dejando un armazón vacío tras de sí para volar alto... hasta el cielo.

Bueno, ahí hay disensión. Hay quien te dirá que tu último soplo puede que se vea tan lastrado por el odio y la ira acumulados a lo largo de los años que no podrá remontar más allá de ese beso que nunca diste, y terminará cayendo, pesado a tierra, para hundirse en la agonía de una tenebrosa oscuridad. Con suerte, conseguirá encontrar otro cuerpo en el que habitar para, tras una larga inspiración, volver a gritar, volver a respirar.

Todos se equivocan. Ahora sé la verdad, pero, claro, para descubrirla antes he tenido que morirme; lo cual, sinceramente, tampoco es para tanto. Todos terminamos haciéndolo.

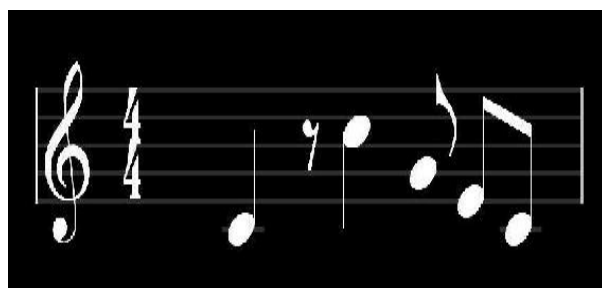
Vivir. Vivir es lo único que podemos hacer. Vivir deprisa o con calma. Vivir un otoño perpetuo viendo las hojas secas caer junto a un lago sereno, o embarcarse en una apasionada primavera que no habrá de agostarse. No dejar nada para mañana, porque lo más probable es que no haya un mañana, o esperar sentado a que el destino llame a tu puerta. Querer ser un dios eternamente joven o vivir, simplemente, como un mortal marchito más.

No importa. Como quieras o como te dejen, cogiendo de aquí y allá, pero solamente podrás vivir. No sabrás hacer otra cosa, no tendrás otra cosa que hacer y, con suerte, no querrás hacer nada más. Vivir y tal vez dejar alguna huella. Aunque sea una trémula caricia en alguien que alguna vez te amó. Aunque sea una difusa imagen desdeñada en alguien que alguna vez tuvo la osadía de confiar en ti. Aunque sea la mera presencia, desgastada y reinventada una y otra vez, de alguien que se cruzó en tu camino. Y, con suerte, tendrás un puñado de recuerdos alegres, destellos de felicidad esparcidos aquí y allá en la memoria de aquellos con los que se trenzó una vez tu intensa pero fugaz existencia.

Porque no importará lo alto que hayas conseguido llegar, lo mucho que algún día brillaste. Sin ellos, no vivirás. Y seguirás vivo mientras aún respiren, aunque solamente sea en sus sueños más secretos, aquellos que ni a ellos mismos les son revelados.

02 La noche

«Shine on you, crazy diamond 1 to 5»



La noche había comenzado mal. Ceci se había presentado con dos idiotas en el Piruletas, uno que al menos tenía buen paquete, y otro que no había por dónde cogerlo.

Claro está, el del paquete era el de Ceci, aunque Marina tenía la sensación de que, bajo esos vaqueros ajustados, había más algodón del necesario para unos calzoncillos. Seguramente, la tendría pequeña y acojonada tras el calcetín. Pensar en la sorpresa que se llevaría Ceci al comprobarlo animó a Marina, pero por poco tiempo, apenas unos segundos; lo que tardó el otro tiparraco en acercarse con dos cubatas en la mano derecha y buscar su culo con la izquierda libre. Así, sin más.

Mientras ella, de forma refleja, se acercó a coger un vaso, el gracioso le dio una cachetadita en sus nalgas sonriendo. Marina aprovechó el respingo de la sorpresa para tirarle el ponche con coca cola encima. El del calcetín se rio, consciente de la maniobra, y le dio una colleja cómplice a su amigo. Ceci se deshizo en excusas a la vez que buscaba en el bolso unos pañuelos de papel que no tenía y terminó llevándose del brazo al chico en dirección a los baños.

El del paquetón se acercó a Marina con las manos en alto y le preguntó si le dejaba invitarle a un chupito para brindar por su reacción. Quedó descolocada.

Tal vez no fuera tan idiota después de todo.

Se arrimaron a la barra. Él le trajo un taburete y ella se sentó sin pensarlo. Pidieron los chupitos, brindaron y comenzaron a hablar de Ceci. Pidieron otra ronda de tequila, limón y sal. Con la excusa del volumen de la música, él se aproximó más a ella para poder escucharla. Normalmente Marina habría bloqueado el ardid, pero esa vez se dejó llevar. Pidieron más tequila. Cuando se quiso dar cuenta, el calcetín se frotaba bastante duro contra sus rodillas y besar a aquel mangurrián no parecía algo tan desagradable.

Ceci volvió cuando los dientes de Marina estaban a punto de lanzarse sobre el lóbulo del chico. No hizo falta que se cobraran la pieza. La amiga se supo traicionada y se encaminó hacia la calle. Había que joderse. Marina la siguió hasta la puerta del Piruletas.

—¡Ceci, mierda, que solo es una polla!

—No me jodas, tía, ¡que te ha faltado tiempo!

—¡Ceci, coño!

Pero Ceci ya había enfilado calle abajo y no volvería. Marina sí volvió. Justo para ver cómo su polla ya estaba entre dos nuevas rodillas. El colega se movía de manera espasmódica, supuestamente, al ritmo de la música con otro cubata en la mano. Marina se le acercó, le quitó el vaso con un movimiento rápido, se colocó en la barra de dos zancadas y vertió parte del combinado por la cabeza del ligón y el resto, hielos incluidos, por el interior del pantalón.

No, la noche no había comenzado nada bien.

Se dirigió al Calypso por si Ceci hubiera entrado a echar una copa a costa de Gabi, la dueña. Pero no, Ceci no había aparecido por allí. Fue un error preguntar, la verdad. Gabi no dejó que Marina se marchara hasta que no se lo terminó de contar todo. De nada serviría mentirle y, de todos modos, ella tampoco había hecho nada malo. Se terminó el segundo botellín y se comió algunas gominolas mientras convencía a Gabi de que su amiga estaría bien. Lo más seguro era que se hubiera marchado a casa, cosa que Marina también tendría que hacer.

Además, ¿qué cojones?, ¿cuánto había tardado en volver del baño? Demasiado. ¡La muy puta! Suficiente para haberse tirado a aquel payaso. Sí. Había que joderse y, definitivamente, marcharse a casa. Mañana llamaría a la (no más que ella) zorra de su amiga. Entonces recordó que, Piruletas abajo, estaba el Seat Panda de Ceci y que a esas horas ya no pasaban autobuses.

Le esperaba un largo paseo hasta la cama. A Marina le gustaba caminar sola por la noche. Vivir en una pequeña capital de provincias, apenas un pueblo grande, hacía que, a partir de ciertas horas, la mayor parte de sus calles estuvieran desiertas.

Los pasos resonaban contra los adoquines y la luz anaranjada de las farolas le daba al paseo un lustre de irrealidad, ayudada por el tequila y las cervezas. Se sentía segura en la soledad de la noche. A pesar de que comenzaba a refrescar, dio un pequeño rodeo y se acercó a una avenida comercial cercana donde los escaparates permanecerían encendidos y podría detenerse a echar un vistazo a todas aquellas prendas que no podría comprar.

No tener dinero era una mierda.

Se cruzó con otro paseante nocturno y se ignoraron mutuamente.

Necesitaba un trabajo, pero su madre no le permitiría que aceptara uno cualquiera. No dejaba de darle la paliza con que estudiara algo, que se sacara un curso de secretariado, o de peluquería al menos. Para Marina, eso significaba perder otro año, si no más.

Escuchó una moto a lo lejos.

No, tenía que encontrar un trabajo, por cutre que fuera, comenzar a ganar su propio dinero y, luego, ya se vería. Joder, ¡a su hermano no le decía nada y ese sí que estaba perdiendo el tiempo! Pero el niño de la casa era un artista. Aunque su madre nunca lo había visto, ni lo vería, encima de un escenario.

Oyó cómo frenaba un coche a su lado.

—¡Marina!

Hablando del rey de Roma. Su hermano Andrés se asomó por la ventanilla del copiloto.

—¿Qué quieres? —le espetó ella.

—Joder, niña, relaja el tono. —El SEAT 124 paró y Andrés se bajó de él —. ¿No salías hoy con Ceci?

—Ya ves: cambio de planes. Me recojo temprano —contestó sin mirarlo a la cara.

—Hey, peque... ¿Estás bien?

El idiota de su hermano y su jodida sonrisita de cine. Marina negó con la cabeza.

—Déjalo, Andrés. Me voy a casa.

—Bueno, pues déjame que te acerque en cuanto dejemos a estos paletos colocados.

—No, da igual. Ya me voy andando.

Andrés la rodeó por los hombros y la condujo hasta el coche.

—Vamos.

Al volante reconoció a Patxi, un amigo de su hermano casi tan obsesionado con la música como el propio Andrés. En la parte de atrás, un tipo gordo se apretujaba contra la puerta izquierda dejando sitio a otro, casi invisible, en el centro del asiento.

Andrés cerró, subió al asiento del copiloto e hizo las presentaciones. Patxi hizo como si no se conocieran y le envió un guiño a través del retrovisor; siempre se hacía el loco cuando se encontraban. Era su chiste privado. El gordo apenas hizo caso del trámite y siguió contando la historia que había dejado a medias por el parón sobre unos colores y unos centros de poder y unos seres extraterrestres con los que había contactado y que volverían en unos meses. Estaba tan emocionado y satisfecho de oírse a sí mismo que ni se daba cuenta de que nadie le hacía caso.

El chico invisible se llamaba David y, aunque lo llamaran *Deivid*, no parecía extranjero. Entre la poca luz que había y que sus ropas eran bastante

oscuras, apenas parecía una cara flotando junto a la mole que seguía divagando sobre la vida en Ganimedes. Tenía una cara aniñada, por más que una barbita mal recortada quisiera demostrar que era adulto. Su pelo era oscuro, recogido en una coleta baja. La mirada, perdida en el fondo de su ser.

Marina sacó un cigarro y le pidió fuego, todo un clásico. Él apenas la miró y golpeó el hombro de Andrés. Cuando este se giró, David dio un cabezazo en dirección a Marina y volvió a recogerse.

—Coño, *Deivid*, alegre esa cara. Y tranquilo, que mi hermana no muerde, y no te voy a apalea porque le des fuego ni por hablar con ella.

—¿A mí tampoco, Andy? —preguntó Patxi.

—Tú conduce con las dos manos al volante donde pueda verlas y ni la mires ni pienses en ella.

Rompieron a reír.

—Bueno, Andrésín —dijo Marina cuando las risas cesaron—, ¿y si le miro yo?

—Eso, Andrésín. ¿Y si me mira ella? —apuntilló Patxi.

—¡La madre que os parió!

Y las carcajadas cruzaron la ciudad, que mantuvo los semáforos en ámbar intermitente durante aquella noche. Después, el gordo volvió a lo suyo mientras Andrés le indicaba a Patxi por dónde se llegaba adonde fuera que iban; hacia las afueras, le pareció a Marina.

Las manos de David sacaron algo de uno de sus bolsillos: una cajita de madera con la que empezó a jugar dándole vueltas. Mirarla parecía alegrarle un poco. Marina se moría de curiosidad, tanto por saber qué era lo que provocaba que aquel chico se hundiera así en el asiento del coche, como por el detalle concreto que encerraba esa cajita labrada en la que centraba toda su atención con una sonrisa garabateada en los labios tras un suspiro.

—Es bonita —dijo al fin entre el humo de la última calada.

La caja desapareció en el puño de David.

—Es... solo una caja —su voz no era la vocecilla débil que Marina se había imaginado. Surgió grave, como si fuera el coche quien hablara.

David mantuvo el puño cerrado y la vista centrada en su interior.

—¿Me la dejas ver?

David se volvió para mirarla directamente por primera vez. Marina se sintió desnuda ante sus ojos claros. Por un momento, pensó que estaba violando un recinto sagrado.

—Solamente si me prometes que no la abrirás.

Marina asintió y David abrió con lentitud la mano y la depositó entre las suyas. Era una pequeña caja de madera con motivos celtas grabados toscamente y restos de la pintura verde que un día debió de cubrir sus bordes. Marina la observó y, con sumo cuidado, la devolvió a las manos a las que pertenecía. David se la volvió a guardar en el bolsillo.

—¿Qué tiene dentro? —preguntó entonces Marina, como si el velo de un hechizo se hubiera desvanecido.

—Eso depende de quién mire. —David sonrió abiertamente.

Tenía una dentadura perfecta, pensó Marina, rompiendo todo el encanto de la hermética respuesta. Así era ella en cuanto le rascaban un poco: más terrenal que las piedras. Pero no, era cierto. David tenía algo, y su misterio, fuera fingido o verdadero, había atrapado sin remedio a Marina.

El coche se detuvo. Estaban en un barrio periférico de casas bajas. A primera vista, nada del otro mundo, pero, afinando la vista un poco, se echaba de menos más luz en algunas esquinas y el estado de los edificios evidenciaba su pésima conservación y absoluto abandono.

Marina pensó que no le gustaría pasear por esas calles a esas horas y en lo distinta que podía ser la ciudad en cuanto te alejabas de tus circuitos cotidianos.

El gordo bajó del coche y se fue a la puerta de la casa frente a la que habían parado. Patxi salió también y, tras él, Andy, que le dijo algo; seguramente, sobre las llaves y lo que tardaría en volver. David los siguió, en apariencia ignorando a Marina, hasta que se volvió para cerrar la puerta. Sus labios dibujaron un claro «quédate» y sus dedos acariciaron la cajita bajo la tela del pantalón.

Marina pasó al asiento delantero cuando su hermano volvió al coche y, sin dejarle que pusiera la llave en el contacto, le preguntó:

—¿Qué hay ahí dentro?

—Nada: una reunión de amigos, una fiesta de despedida —trató de dar a la frase un tono indiferente que le restara importancia.

—¿De despedida de quién?

—De *Deivid*. Mañana se va para el Aaiún, al Sáhara. —Intentó poner el coche en marcha, pero Marina le quitó las llaves.

—¿Deivid?

—Sí, se ha librado de la mili durante un par de años, pero al final lo han pillado. Lo lleva fatal. Le han acojonado con el rollo de las novatadas. Pero vamos, yo sobreviví, ¿no? Seguro que se le quitan tonterías de la cabeza.

Además, el hachís de allí es de lo mejor. Y dame las llaves, que te lleve a casa, venga.

Maldita la gracia le hacía a su hermano tener que llevarla de vuelta al centro.

—¿Y no podría quedarme? Te prometo que no te daré la paliza y me iré cuando tú te vayas.

Andrés se lo pensó un momento.

—Está bien, supongo que eres mayorcita. Solo una cosa: ahí dentro hay de todo y no voy a vigilarte, pero, si te veo o me entero de que has andado con una aguja cerca o metiéndote algo por la nariz, desearás que haya sido mamá la que te ha pillado. ¿Está claro?

Marina asintió. La noche se enderezaba.

El interior de la casa decepcionó un poco las expectativas de Marina. Entraron a un salón normal y corriente con una mesa camilla y dos sofás, un viejo mueble de madera y un enorme cuadro de una escena de caza con corza al fondo. Un salón de casa de pueblo. Había, eso sí, mucha gente. Todos aún cerca de los veinte. Patxi estaba en un rincón instalando una batería. ¿Se pondrían a tocar a estas horas?

Su hermano le indicó: allí, la cocina; allá, el baño; dónde tomar una copa... A medio camino, una rubia se le colgó del cuello. Tenía buen culo la *jodía*. Marina buscó a David, al que vio perderse por un pasillo. Lo siguió. Al fondo, una luz violeta salía de un cuarto. Entró. David estaba en él, sentado y desnudo sobre la cama, con la cajita en las manos.

—¿Quieres abrirla? —preguntó.

Marina se acercó y abrió la caja.

Estaba vacía.

—¿Qué? ¡Pero si no hay nada!

—Eso es que no has mirado bien.

David la besó.

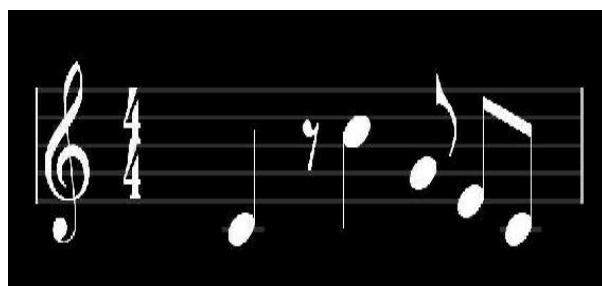
Su lengua tenía un extraño sabor, amargo y ácido. Fue un beso largo, durante el cual Marina perdió la falda y las bragas. Notó algo en la lengua. Como un pedacito de papel. La luz bailó hacia el rojo y luego de vuelta al violeta. Sus bocas no se separaban. De la de David nacía el hilo de plata que la mantenía en la tierra. Se sintió volar y, al mismo tiempo, empotrada en el colchón. Calor, tenía mucho calor mientras la luz seguía cambiando de color. David parecía tener mil manos, que cubrían todo su cuerpo. Y su sabor..., quería más de eso.

Entonces volvió a mirar dentro de la cajita. Había unas flores amarillas que comenzaron a crecer y pronto cubrieron toda la habitación. Las cortinas se transformaron en cascadas y un manantial hirviente la inundó desde dentro.

La noche continuó, frondosa e irisada, hasta el alba.

03 Despertar

«On the run»



Aún no ha sonado el despertador y ya me sé consciente. Calculo que, como mucho, me quedan un par de minutos hasta que ocurra lo inevitable. Desearía volverme y dormir unas horas más. Tal vez, soñar algo. ¿Cuándo fue la última vez que pude recordar un sueño?

El teléfono móvil ha comenzado a vibrar y poco después sonará la tonada que anuncia el nuevo día. Ya no hay vuelta atrás. Lo desconecto. Extiendo el brazo por la cama. Irene ya hace tiempo que se ha levantado. La admiro. Admiro su capacidad para estar al cien por cien desde las seis de la mañana. Yo no puedo, ni siquiera yéndome a la cama un par de horas antes. Da igual; ahora tampoco puedo perder el tiempo con divagaciones.

Son las siete y tres.

Aún tengo que ducharme, afeitarme, vestirme, tragarme un café solo con dos de azúcar, y bajar las escaleras a pares como siga perdiendo el tiempo en memeces. Mi cuerpo va espabilando poco a poco. Ya despertará por el camino.

Salgo.

En la calle me enfrento al frío del extrarradio durante unos doscientos metros. Aún no ha despuntado el sol. Al menos, no llueve. El autobús llega puntual, cargado con las mismas caras somnolientas, conductor incluido, de cada día. Las luces de la ciudad pasan perezosas.

En la estación del cercanías encuentro más indiferencia cotidiana, salvo por la novedad de tener que comprar un nuevo abono. La máquina no acepta billetes grandes. Necesito cambio.

Ocho menos cuarto.

Estoy a punto de perder mi tren. En la taquilla de venta manual hay cola.

Estoy a punto de llegar tarde. Meto la mano instintivamente en el bolsillo interior del abrigo y encuentro un billete de diez. Por megafonía anuncian mi destino. Compró el bono, corro al torno y bajo los escalones mecánicos de tres en tres hasta el andén justo a tiempo para ver cómo se cierran las puertas ante mi cara de pasmarote.

El próximo pasará en doce minutos. Doce minutos perdidos. Doce minutos en los que no sé qué hacer. Pasa otro tren con una ruta distinta. El andén queda vacío. Estoy solo. Saco el teléfono para avisar de que llegaré tarde.

Doce minutos tarde.

Me siento. La megafonía anuncia un retraso en mi línea. No me lo puedo creer. Reviso la agenda del día. No hay nada previsto a primera hora. Me relajo. Vuelvo a llamar para avisar del nuevo retraso. Comienzan a llegar desconocidos al andén. La señorita de voz metálica insiste en pedir disculpas por el retraso en la línea cuatro. Busco algo productivo que hacer. Me conecto a Internet desde el teléfono y reviso el correo electrónico. Nada relevante. Estoy teniendo suerte. Sonrío. El andén vuelve a llenarse. Avisan, por fin, de que mi tren está a punto de entrar en la estación. Está atestado, supongo que se ha acumulado gente de más en las estaciones previas. Subo a empujones. También recibo lo mío. Voy de pie. No estoy muy cómodo, pero al menos estoy en movimiento de nuevo.

Por fin llego al centro. Aún tengo que coger un último autobús que me deje a unos pasos de la oficina. Lo veo doblando una esquina. Estaba claro que iba a ser difícil pillarlo; el sincronismo se ha perdido.

Son las nueve cuarenta y dos.

Decido ir caminando. Tal vez tarde menos callejeando que si espero al próximo autobús. De todos modos, ya llego tarde. Me pongo en marcha por una ciudad desconocida. Ahora solo me faltaría perderme.

No. Sé más o menos por dónde voy y hacia dónde quiero ir.

Entonces, en una de esas calles por las que nunca habría pasado, en un sucio escaparate de una vieja tienda de empeños, la veo por el rabillo del ojo. Me detengo incrédulo y regreso.

Es una Gibson SG del '63.

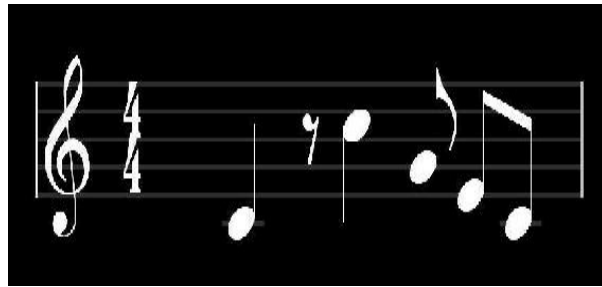
Recuerdo.

Es la guitarra del diablo.

Despierto.

04 El día

«Welcome to the machine»



Andrés se había vuelto cada vez más inaccesible desde la marcha de David. No parecía afectarle nada. Ni siquiera que su querido amigo se hubiera follado a su hermana después de drogarla, dejándola preñada de paso. No. Nada que no le provocara buenas vibraciones le importaba a Andrés aquellos días.

Marina encontró algunas cartas de David. Al parecer, lo estaba pasando realmente mal en el desierto, pero no encontró letra alguna dedicada a ella. Pensó en escribirle, perdonarle, decirle que no se preocupara, que lo esperaría con el niño, pero eso sería delatarse para con Andrés y sabía lo celoso que era de su intimidad, así que se limitaba a pedirle a su hermano que le diera recuerdos si hablaba con él o que le dejara su dirección para escribirle. Este asentía y le decía que cerrara la puerta al salir. Eso en los días buenos. Cuando no, simplemente le hacía el mismo caso que a las humedades del techo y ni siquiera se relacionaba con su madre, quien comenzó a bajar por fin del pedestal al idolatrado hijo.

Su madre no tendría que haberse enterado nunca de nada. Marina sabía que debía anunciarle que iba a ser abuela antes de que lo hiciera su vientre, pero no pudo. Su cuerpo se le adelantó. Marina se sintió mal de repente, tuvo pérdidas, le entró miedo y le pidió a su madre que la acompañara al ginecólogo. La decepción no apareció en el rostro de la mujer. Nada le reprochó; en realidad, no dijo nada. Fue como si llegara la noticia que había esperado durante años. De regreso, ni siquiera le preguntó por el padre y se limitó a darle algunos consejos de veterana.

Llegaron a casa, le preparó un café y se marchó a trabajar. Por la noche, cuando volvió de trabajar, fue directa al cuarto de Andrés. Marina, que estaba escuchando tras la puerta, se supo arropada por su madre, aunque no lo hubiera creído así en un primer momento.

Ya estaba bien. Se acabaría el trasiego de amigotes por casa, el fumeteo y la inspiración que guardaba en las cajitas de galletas danesas; la música, con auriculares y en horas decentes, o mejor en un local, que ya se había ella preocupado de informarse y no eran tan caros; por supuesto, no estaría mal que también buscara un trabajo, que aún no había visto beneficio alguno entre tanta guitarra. Le dio una lista de puestos vacantes que había recopilado por el barrio y que no le alterarían demasiado en su creación artística. Y, si no le

gustaba, sintiéndolo mucho en su corazón de madre, ahí tenía la puerta, que su padre, en Gloria esté, ya mantenía una familia a su edad.

Para Marina también había una lista repleta de cursos con los que le sería más sencillo encontrar trabajo una vez el niño, o lo que fuera, tuviera edad para ir a la guardería.

Un par de semanas después del ultimátum, como si hubiera sido decisión suya, Andrés anunció durante la cena que se marchaba, que había encontrado un apartamento en el centro muy baratito cerca de la tienda de instrumentos de un colega que necesitaba a alguien que entendiera para las tardes. Eso sí, como aún no necesitarían la habitación para el niño, o lo que fuera, dejaría algunos trastos para llevárselos poco a poco.

Al día siguiente llegaron Patxi y otro de sus amigos para ayudarlo con la mudanza. Su madre no estaba, había salido temprano a pesar de haber vuelto a las cinco de la mañana de la fábrica. Cuando terminaron de cargar las cosas de Andrés en el coche, apareció la madre con unas bolsas llenas de productos de limpieza, bayetas, una escoba y una fregona nuevas que sobresalían de un cubo azul. Le dijo a Marina que se cambiase, que al menos habría que dar un buen primer *fregao* al piso del niño. Andrés ni intentó impedirselo. Tampoco habría podido.

Marina siempre sospechó de aquella desinteresada marcha y de aquel trabajo tan oportuno. Seguramente, su hermano se largó para no verse invadido por las previsibles llanteras del bebé, que alterarían más su vida que yéndose de la casa. El caso es que se marchó y, poco a poco, se fue llevando el resto de sus cosas, por lo que no le iría tan mal. Si bien las veces que Marina pasó a mirar, casualmente, los escaparates de la tienda donde se suponía que trabajaba por las tardes, nunca lo encontró. Estaría en el almacén, contestaba ido Andrés si le preguntaba. Lo dejó pasar. Al fin y al cabo, ya era mayorcito y ella enseguida tuvo nuevas preocupaciones con que llenar su cabeza.

El parto fue un caos. Su madre no estaba. Marina llamó al trabajo y no contestaba nadie. Llamó a casa de Ceci y su amiga tampoco respondía. Al final llegó Andrés, como si nada, a por la última caja olvidada de sus trastos. Marina estaba muy nerviosa. Él intentó calmarla y, antes de salir, la obligó a tomarse una infusión. Fue él quien la llevó al hospital. Después todo se le volvió algo confuso. Andrés habló con la recepcionista, la subieron rápidamente a una camilla y se la llevaron. Él se quedó atrás. Le hicieron una ecografía y la cara del médico no indicó nada bueno. Al parecer, aunque ella estaba bien, algo malo le pasaba al niño. Marina sintió un extraño alivio y

vergüenza inmediata por ello. Lo que parecían una enfermera y otro médico le hablaban rápido. No entendía muy bien lo que le decían. Que se tranquilizara, que enseguida entraría al paritorio de urgencias.

Pero Marina estaba tranquila, muy tranquila, demasiado tranquila.

Una nueva rutina se instaló en su vida sin preguntar. Finalmente, su madre no tuvo que insistir en que se buscara ningún futuro, el futuro ya había llegado: era regordete, llorón y tenía los ojos de su padre, aunque de David no había sabido nada desde la última vez en que hablaron por teléfono.

Pero aquello había sido en otra vida y, además, tampoco quería ni necesitaba saber nada de él. Andrés no lo mencionaba, tal vez esperara que el olvido hiciera su trabajo. Pero Marina nunca olvidaría esos ojos, unos ojos que ya la buscaban ávidos y que ella rehuiría durante años. No podía evitarlo. Mantener la mirada del pequeño la devolvía a aquel coche donde se entregó a él sin objeción alguna, creyendo que estaba profanando lo más íntimo de un alma hermética y oscura.

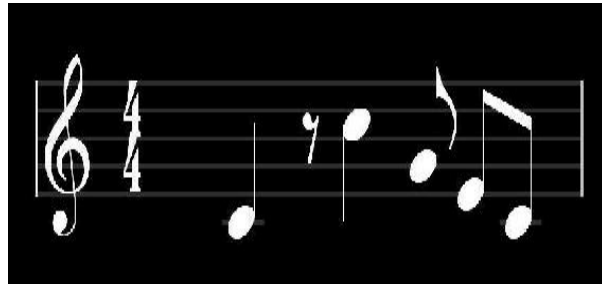
Sí, fue ese el instante en el que todo se echó a perder. Nunca debió subir al 124 de Patxi, nunca debió pedirle fuego a ese niño, nunca debió dejarse engatusar con su cajita mágica. Nunca debió... Pero ella lo hizo. Y ahí estaba, y estaría, ese crío para recordárselo día tras día, por siempre jamás.

El tiempo fue pasando. En apenas un mes, el renacuajo haría un año, lo justo para que las vecinas no miraran a Marina como una mala madre por llevarlo a la guardería. Le gustaría decir que no le importaba lo que pensarán, pero era inevitable. Durante todo ese tiempo había agachado la cabeza al pasar por sus rellanos y ahora no sabía cómo levantarla por más que no hubiera hecho otra cosa que acumular méritos día a día.

¡Y qué lentos pasaban los días, pero que rápidos los meses! Solo había que ver a su cabroncete, que a veces esperaba a que le cambiara el pañal para volver a mearse. Marina tenía claro que lo hacía para que estuviera pendiente de él a todas horas. Además, si sabía que su madre andaba cerca, el niño no toleraba que la abuela lo aseara a pesar de que Marina no se entretenía en cucamonas como lo hacía su madre. Había desarrollado un método rápido y eficiente para retirar el pañal, limpiar la zona y colocar uno limpio. Tampoco se complicaba cuando no le quedaba otra que alimentar al crío. Y todo ello sin asomarse a los ojos de David, sin dedicarle una palabra de más; mucho menos una caricia, un beso.

05 El sueño

«Have a cigar»



Los momentos que se tomaba para echar un cigarrito eran los únicos que a Marina le parecían vivir realmente para sí misma. La faena en el hotel no acababa nunca y, aunque en su nómina ponía camarera, bien podrían haber escrito «último mono». Era un trabajo mal pagado, muy mal pagado, pero un trabajo. En el caso de Marina, solo a medias, porque en realidad cubría la jornada de mañana de una compañera que tenía dos críos pequeños. Al final, la formación forzosa que había realizado durante el embarazo no le sirvió de nada; apenas dejaba caer en las entrevistas que tenía un niño pequeño, la sentenciaban. Cuando andaba atenta y no lo mencionaba, la mala suerte hacía aparecer a su madre con el renacuajo en la puerta de la empresa, o se alargaban las esperas hasta que tenía que pedir por favor que le dejaran llamar a la abuela para que fuera a recoger al nene a la guardería.

El hotel, en el fondo, no era tan horrible. Aunque casi no llegaban y la cosa pintaba mal. En la fábrica donde trabajaba su madre habían echado a casi todas las del turno de noche, que se canceló por reducción de la demanda. La abuela se libró y la pasaron al turno de tarde. Aun así, el rumor de nuevos ajustes corría entre las cintas. Si su madre se iba a la calle, no sabía lo que harían. Incluso con su segundo curro planchando, andarían escasas. Y es que el *jodío* niño salía por un pico al mes. Tal vez debería ir donde Andrés y pedirle que encontrara al padre. Seguro que su hermano seguía en contacto con él o sabía de alguien que pudiera localizarlo. David tenía dinero, eso lo dejó claro antes de desaparecer. Y, joder, ¡también era hijo suyo!

Marina tiró la colilla a medias por la ventana del quinto piso y volvió para terminar de hacer el baño de la séptima habitación doble de esa planta. Esa vez ni el cigarro le había valido para olvidarse por un momento del mundo. Tal vez en el del siguiente piso... Una pena que la marihuana le hiciera llorar. Seguro que su hermano se la conseguiría a buen precio. Así no tendría esos gatillazos a la hora de buscar un poco de descanso. Sonrió para sí y se armó con la escobilla para seguir con su tarea.

A la una estaba en la calle, lo justo para ir a recoger a su hijo, comer rápido y llevarlo a casa de su hermano. El niño se quedaba encantado en ese cochambroso apartamento que Andrés había transformado en una pequeña sala de conciertos para él y sus amigos, y... en lo que quería no pensar. Pero no

había otra y Andrés le había asegurado, tanto lúcido como colocado, que nadie se metía nada en su casa delante del niño, y hasta le enseñó el lugar donde guardaba sus cajitas de galletas danesas de mantequilla: en lo alto de una estantería del dormitorio, donde no dejaba entrar al enano.

Marina, aunque no se terminaba de fiar, prefería cerrar los ojos. En cuanto dejaba al niño, salía pitando a recoger a su madre y acercarla a la fábrica de camino a la comunidad de vecinos donde la esperaban camisas y pantalones, o bien, cortinas y sábanas. Por la noche, de vuelta a casa, preguntaba al niño qué había hecho en casa de su tío. Y ya sea porque se tenía aprendida la lección al dedillo o porque realmente no lo hacía, nunca le contaba nada que no sucediera en el salón, donde pasaba la mayor parte del tiempo viendo la tele. Marina tampoco podía permitirse otra opción, así que dejó de interrogar al pequeño, que, aun así, siguió contándole a su madre sus días con todo detalle.

Una noche llegó más tarde. Juan Luis, el conserje del edificio donde planchaba, había insistido en que cenaran juntos y, entre que había perdido la cuenta de las veces que le había dicho que no y que necesitaba hacer algo que no tuviera que ver con el crío, terminó aceptando. Cuando llegó a casa de Andrés, encontró al enano dormido en el sofá. Su hermano fregaba unos platos. Habían cenado salchichas con ganchitos. Marina obvió el detalle de los gusanitos y el leve olor a costo. Le dio las gracias a su hermano y le pidió que bajara al enano al coche. Al ir a cogerlo, una cajita de madera labrada con motivos celtas y restos de pintura verde en los bordes rodó por el parqué. Marina la recogió.

—¿Y esto? Dime que no se la devolviste y que el niño la encontró en tu cuarto.

—Ha llegado esta tarde y se ha pasado a verme.

—¡Joder, Andrés! —Marina intentó contener un ejército de lágrimas.

—Tranquila, no le hemos dicho nada al enano. Para él es un amigo más de su tío Andy.

—¡Joder, Andrés! —Marina intentó que el aire invadiera su garganta.

—Hey, peque, ¡no pasa nada!

Andrés abrazó a su hermana.

—¡Joder, Andrés! —Marina intentó rendirse al abrazo.

—Estuvimos hablando en el cuarto. El niño no oyó nada. Sigue sin querer ser padre.

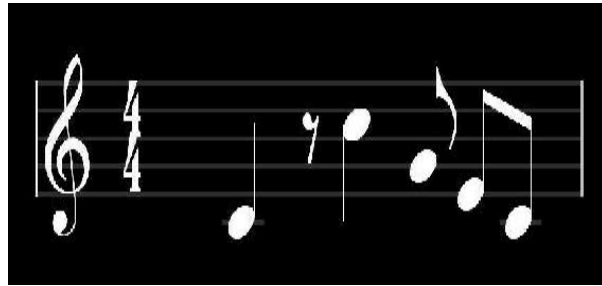
—Ni falta que le hace a mi hijo un padre. Y, si lo necesitara, ya le buscaría yo uno. —Marina se soltó del abrazo y cogió al pequeño.

—Acepta, al menos, que te pase dinero. Es lo justo y te hace falta.
Andrés hizo ademán de ayudarla.

—No. —Cogió las llaves del coche y al niño, y abrió la puerta del piso—.
No necesito nada más, gracias.

06 Recorder

«Time»



Al llegar a casa, me la encontraré de mal humor. Últimamente, siempre vuelve enfadada del trabajo diciendo que es una mierda, que lo deja y todo eso. Esto no le va a gustar, lo sé. Pero ya está hecho.

¿Cómo explicárselo, cómo ganármela? No me queda más remedio: esta vez tendré que contárselo todo. Comenzaré por el principio: por la relojería.

Mi tío Andy vivía sobre una relojería de esas antiguas, llenas de relojes de pared con sus péndulos y sus campanillas sonando caóticamente cada hora, cada media hora y, algunos, hasta cada cuarto de hora. Cuando bajábamos a la calle, solía pararse a mirarlos y, tras un momento en silencio, siempre me decía «enano, si alguna vez se para el tiempo, aprovecha para descansar, pero, mientras siga corriendo, corre tú más».

Entonces no entendí qué me quería decir, pero era palabra de Dios.

Llevaba mucho tiempo sin visitar los recuerdos que tengo de mi tío. Probablemente, muchos de ellos no sean más que meras fantasías con una pizca de certeza, frases sueltas de conversaciones de adultos y mucha imaginación infantil. Aun así, esta mañana, al ver esa guitarra en el escaparate, me ha parecido que estaba a mi lado de nuevo, reflejado en la luna, observando los viejos relojes.

La guitarra era igual a la preferida de mi tío: una Gibson modelo SG en un tono cereza que deja ver el veteado natural de la madera. Llegaba tarde al trabajo, no debía perder más tiempo; debía correr más que el reloj, pero continué paseando la mirada por las curvas de ese trozo de madera y metal. Un detalle me hizo entrar en la tienda. Le faltaba la segunda cuerda: Si. «¡Qué poco le gusta dar el Si, enano! En cuanto se lo pides al natural, se enfada y rompe la cuerda». Entré y pedí al dependiente que me enseñara la guitarra.

La recordaba más grande y pesada. Me ofreció asiento para probarla. No supe qué hacer con ella. Apenas recordaba cómo tocar un par de acordes. Dejé los dedos sobre las cinco cuerdas que quedaban y ellos solos se colocaron en posición. Rasgué con la púa. No sonó del todo bien. Instintivamente, tensé un poco la cuarta cuerda. Ahora sí: mi menor, el primer acorde que me enseñó mi tío Andy, un acorde que llevaba cerca de veinte años sin tocar.

Se la pasé al chico, quien se marcó un punteo improvisado que finalizó con

una serie extraña de acordes: do sobre sol. Mi tío los llamaba «acordes bastardos», un acorde mezcla de otros dos, difícil de colocar y de identificar porque no terminaban de sonar ni como uno ni como otro.

Fue como un viaje en el tiempo. El mismo sonido de entonces, la misma muesa en el cuerno inferior.

Le contaré a Irene cómo, de pequeño, vivía con mi abuela y mi madre antes de conocer a mi padrastro. Entonces ella tenía varios trabajos, no quedaba otra. Por la mañana me llevaba al colegio, me recogía para comer y luego vuelta a clase hasta las cinco. La pega llegaba por la tarde. Yo no podía quedarme solo y ella tenía que fichar en otro empleo, con mi abuela, hasta la noche. No recuerdo muy bien, el caso es que la solución era mi tío.

Mi tío vivía en el centro, en el apartamento sobre la relojería. Era un piso pequeño y desordenado. Tenía una habitación, un baño y un comedor con cocina. Sabía que a mi madre no le gustaba dejarme con él, pero no tenía otro remedio. A mí me encantaba aquel cuchitril. Tenía un olor intenso que no sabía definir y estaba lleno de cojines de colores aquí y allá, de alfombras con dibujos geométricos, de cuadros llenos de curvas y de siluetas en las paredes. Pero, sobre todo, estaba lleno de música.

Mi tío Andy tenía la colección de discos más grande que yo había visto en mi corta vida. Puro rock en todas sus variantes: guitarras llorando en un atardecer o aullando a la luz de la luna; pesares hilados con delicadeza, que desembocaban en ira desatada y cumplida venganza; amores perdidos y esperanzas rotas en azules sostenidos; alegrías llevadas al éxtasis a través de progresiones infinitas que bordeaban mundos paralelos.... Siempre había un disco girando. Ninguno de sus amigos, ni mi madre, ni nadie podía tocar esos vinilos, ni mucho menos poner uno en el tocadiscos o cambiar el que estuviera sonando. Si acaso, mirar las portadas con sumo cuidado y bajo su supervisión. Nadie tenía permiso.

Nadie excepto yo.

Por supuesto, era músico. Había tocado con los más grandes. Había estado de gira con ellos en Londres, en Ámsterdam, en California, en Nueva York, en Australia y en mil sitios más que entonces no sabía ubicar, pero que sonaban tan lejanos y, sobre todo, tan distintos al barrio como lo era la luna. Había vuelto a casa con idea de formar un grupo que removiera los «pisoteados rescoldos de este país». Tenía una pequeña colección de guitarras y bajos. La joya de la corona era la Gibson que yo he encontrado esta mañana gracias a una afortunada sucesión de contratiempos.

Por el apartamento solían venir varios amigos de mi tío. Se ponían a tocar y yo me quedaba embobado viendo cómo los dedos de mi tío eran capaces de arrancar esos gemidos, y también esas risotadas, a seis cuerdas de metal. Volaban sobre el mástil. Sus amigos apenas podían seguirle. A veces incluso dejaban de tocar y se sentaban ensimismados a fumar mientras mi tío continuaba la clase magistral. Era mágico.

Entonces llegaba la fatalidad y la guitarra se negaba a darle el Si. La cuerda se suicidaba. Mi tío sonreía y echaba una mirada de advertencia a la guitarra. Después me daba dinero y me enviaba a comprar una nueva. «Compra también una bolsa de pipas y, con lo que sobre, cómprate las golosinas que quieras, pero que no se entere tu madre, ¿vale, enano?»

Era pequeño para ir yo solo, pero lo hacía. Recuerdo que la tienda estaba un poco lejos y que el kiosco donde compraba las golosinas no estaba de camino. Recuerdo que iba siempre corriendo. El dependiente de la tienda de música era un amigo de mi tío y alguna vez se pasaba por el apartamento solo a saludar; a veces, ni siquiera entraba. Según me veía llegar, sacaba una bolsa de debajo del mostrador con la cuerda envuelta y lista para llevar. Le daba los billetes y me devolvía unas monedas. Luego iba a por la bolsa de pipas, mis golosinas y volvía corriendo otra vez. Al regresar, mi tío cogía la bolsa y se metía con sus amigos en su cuarto.

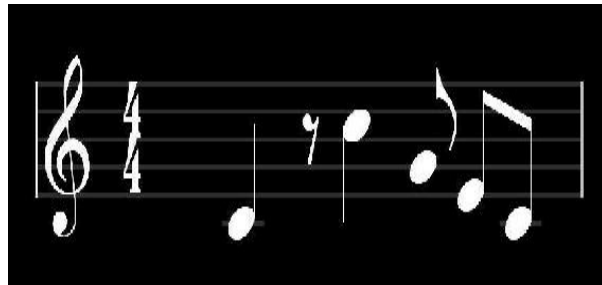
«Tenemos que hablar de cosas del grupo. Tú quédate aquí un rato viendo la tele, ¿vale, enano?» Y me quedaba comiéndome las golosinas mientras ellos planificaban el próximo concierto, discutían el repertorio y cosas así. A veces terminaban pronto y salían riendo. Otras tardaban más y salían cansados. Yo aprovechaba para coger la guitarra de mi tío e intentaba imitarlo. Pesaba mucho. Un día, al creer escuchar la puerta, me asusté y se me cayó al suelo, despostillando el cuerno inferior. La dejé en su sitio y volví corriendo al sofá a ver la tele. Mi tío nunca dijo nada, aunque ambos sabíamos que yo había dejado esa cicatriz en su guitarra.

Con el tiempo, mi madre conoció a mi padrastro, dejó el puesto de camarera y ya no necesitó que mi tío se ocupara más de mí. Poco después nació mi hermanastro, nos mudamos a otra ciudad y solamente lo vi algún verano en casa de mi abuela en el pueblo.

Hasta que... murió.

07 La realidad

«Wish you where here»



Juan Luis nunca pudo ser un padre para el hijo de Marina. Y no fue porque no lo intentara. Pero el pequeño lo rechazó desde el primer día en que lo vio. El plan era ir a comer fuera y luego pasar la tarde en el parque de atracciones. Resultó un fracaso. El pequeño no se dirigió a Juan Luis en toda la comida salvo obligado por su madre a contestar a las preguntas con las que el hombre intentaba acercársele. Apenas monosílabos, si no movimientos de cabeza, nunca mirándolo a los ojos.

La escena era ridícula. Dos adultos tratando de hacer hablar a un niño que solo quería terminar de comer para que lo llevaran a casa de su tío. Al terminar salieron.

—¿A que no adivinas adónde vamos? — preguntó Juan Luis con la mejor de sus sonrisas. El crío negó con la cabeza.

—¡Al parque de atracciones!

—¿Y está allí mi tío?

—No, tu tío no ha podido venir hoy. Pero otro día vendrá él también. ¿Vale?

Pero no valió. El pequeño no volvió a hablar en toda la tarde, apenas se dejó montar en un par de atracciones por su madre y no aceptó nada, ni el enorme algodón dulce que llegó de la mano de Juan Luis.

Persistirían. De momento.

Marina veía un futuro estable al lado de Juan Luis y el renacuajo no iba a ser impedimento, le gustara o no. El hombre se esforzaba, pero recibía, cuanto menos, indiferencia. Marina lo habló con Andrés, a quien la situación le parecía de lo más divertida y, como única aportación, se encogió de hombros.

Una vez accedió a acompañarlos al zoo, donde el niño terminó por un lado con su tío mientras la pareja los observaba de lejos. Aun así, Juan Luis le pidió a Marina que se casara con él el mismo día en que volvió de la capital con un contrato timbrado con las letras doradas de un hotel donde, haciendo el mismo trabajo, cobraría casi el doble. Marina no tuvo que pensarse la respuesta. La boda fue sencilla, no había mucho dinero. Además, la mudanza implicaría muchos gastos. Solo familia directa, y tanto Marina como Juan Luis andaban escasos de ella: él era hijo único.

Un año después nació el primer hijo de la pareja. Juan Luis insistió en

llamarlo David, como su padre. Marina no se opuso, la ilusión del abuelo era tanta que realmente creyó que se moriría si se negaba. Además, David no era *Deivid*, y el nombre le dolía menos que la mirada viva de su hijo mayor. A solas, seguía siendo un niño charlatán y cariñoso que desaparecía en cuanto Juan Luis llegaba. Marina temía que el bebé añadiera más celos. El primer conflicto vino cuando preguntó por el nombre.

—David —dijo Juan Luis.

—Sí, eso ya lo sé. Digo de apellidos.

—Pues como tú, hijo —contestó su madre.

—Ah, David Roa Delgado.

—No, David Sánchez Roa —corrigió Juan Luis.

—Pues entonces no es como yo.

—Sí, hijo. Tú ahora te apellidas Sánchez Roa también.

—¡No, mamá! Eso no puede ser. Yo soy Roa Delgado, como tú y como el tío.

—Eso era antes, pero ahora que tienes un papá y llevas su apellido, como tu hermano.

—Ese no es mi padre, es mi padrastro. ¡Ni ese, mi hermano!

—Mira, no te...

—Bueno, bueno, déjalo estar —Juan Luis intentó calmar a Marina—. Técnicamente, tiene razón. —Revolvió el pelo del niño.

Pero la situación se repitió más de lo que Marina hubiera deseado. Cuando Juan Luis intentaba imponerse como padre, el chaval le recordaba que no lo era, que no necesitaba padre, que estaba mejor antes, con su tío. Solo parecía ceder cuando Juan Luis recurría a la amenaza de no que no iría al pueblo con Andy, algo que odiaba hacer y que, además, el chico sabía que no cumpliría. Así, Juan Luis trató simplemente de mantener una relación lo más llevadera posible con él. Al fin y al cabo, tenía a su auténtico hijo, quien se vio en mitad de esta guerra en la que Marina intentaba mediar por mucho Juan Luis le pidiese que no se involucrara.

Todo empeoró con la muerte de Andrés. El chaval cada vez pasaba más tiempo encerrado en su cuarto y solo contestaba si le llamaban Roa. Una tarde Marina escuchó la cisterna del baño y, poco después, un golpe seco en el cuarto del chico. David entró sollozando en el salón con sangre en la cara. No dijo nada. Marina lo abrazó y le dio un beso antes de limpiarle. Tenía una ceja rota.

Fue al cuarto del mayor. Este estaba sentado en la cama tranquilamente,

recogiendo la vieja guitarra que llevaba meses sin tocar.

—Dile a tu hijo —comenzó el chico a hablar antes de que su madre dijera nada— que ni se acerque a mis cosas.

—¿Qué le has hecho?

—Nada. Le pillé con mi guitarra; le ha roto una cuerda.

—Hijo —Marina intentó mantenerse calmada—, le has partido una ceja a tu hermano.

—No es mi hermano.

—Lo es... —Marina se contuvo—, y estás castigado.

Al regresar al salón, David había desaparecido. Marina lo buscó por toda la casa. Nada. Al final se dio cuenta de que su monedero estaba abierto sobre la encimera. Poco después sonó el telefonillo. Juan Luis avisó a Marina de que lo había encontrado en la calle cuando él llegaba, que ahora subían, que iban a hacer un recado. Cuando por fin volvieron, David fue sonriente al cuarto de su hermano con una pequeña bolsa azul. La puerta estaba abierta. Esperó sin decir nada.

—¿Qué quieres?

—Te he comprado la cuerda.

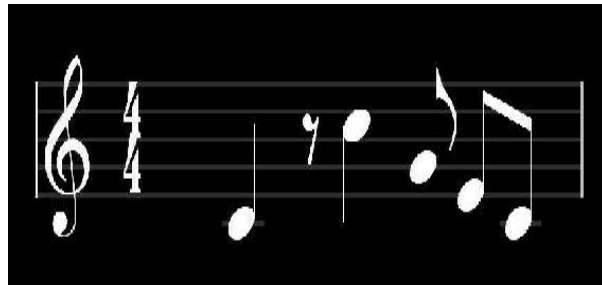
Roa arrancó la bolsa de sus manitas y miró dentro. Había un juego completo.

—Vete ya y no vuelvas a entrar aquí nunca, chivato.

Lo apartó y dio un portazo. La sonrisa del pequeño desapareció, que se fue corriendo a su cuarto, donde lloró abrazado a su almohada. Juan Luis lo siguió poco después y terminó consolándolo. Roa guardó las cuerdas en el bolsillo de la funda de la guitarra y enchufó los auriculares al radiocasete. Marina terminó de hacer la cena.

08 INTERLUDIO

«The great gig in the sky»



Morir fue un alivio, la verdad, tanto para mí como para, prácticamente, todo el que me conoció. No es que no me quisieran (algunos creo que lo hicieron), pero, siendo sinceros, hay que reconocer que mis últimos tiempos no fueron idílicos. Me había ganado a pulso ese *así es mejor* tan repetido en mi funeral.

Seamos claros: yo era un yonqui. Así, sin más. Un pobre niño perdido, que decía mi madre. Un mal cabrón egoísta, que llegó a decir mi hermana. Tópicos, aunque ciertos. Al final es lo que fui: un vampiro que apagaba su sed a base de mentiras. Tantas que, llegado el momento, no sabía cuáles no lo eran.

Pondría la excusa de mis adicciones, pero sería eso: una excusa. Otra mentira. La verdad es que llevaba unos años, desde que me fui al pueblo con mi madre, sin consumir nada más que algo de hierba para intentar paliar los efectos de demasiados viajes al galope de psicotrópicos. Padecía de psicosis y de paranoia. Supongo que, por mi comportamiento, todos pensaban que seguía enganchado.

Finalmente morí.

Y sí: fue un alivio abandonar ese cuerpo devastado a placer. Al dormir sufría terribles pesadillas que luego, una vez despierto, empapado y agotado, no conseguía recordar. Sentía presencias que se esfumaban ante mis ojos, espías que querían robar mis composiciones, que intentaban interceptar la correspondencia con mis influyentes amigos del extranjero. Ahora sé que nada de eso fue real, pero en esa época los momentos de lucidez escaseaban. Por lo general, llegaban al atardecer o por la noche. Por eso procuraba dormir durante el día.

Al llegar la cita con las estrellas, con el cielo todavía ensangrentado, subía al tejado de la casa con un cuaderno y la guitarra del diablo. La llamé así desde el principio por los cuernos y porque tenía el alma torcida, lo que le daba un sonido crispado. En aquellos atardeceres, con el reflejo del ocaso en su cuerpo, tocarla era como tañer una hoguera. ¿Y quién, sino el diablo, podía sacar melodías a una guitarra de fuego?

Me movía mucho mientras ensayaba. Los cables del amplificador y los auriculares (obviamente, nadie podía escuchar mi música) solían liarse o desenchufarse por los tirones que les propinaba, de modo que ideé un método

para que no lo hicieran que resultó efectivo y resistente. Una tarde, en mitad de un *rift*, resbalé y rodé por el tejado. Intenté agarrarme, mientras trataba de evitar que la guitarra se golpeará. Terminé cayendo con los cables enrollados al cuello, colgando de las rejas de mi ventana a medio metro del suelo.

Pareció un suicidio.

Mi última mentira.



Fue lo mejor para todos. Bueno, para casi todos. Tanto alivio debía verse compensado de alguna forma. Así funcionan las cosas en el Universo. Y hubo una persona que tuvo que cargar con el pesar que nadie más sintió.

Mi madre estaba cansada. Mi hermana había venido al pueblo para encargarse de todo y cuidar de la mujer durante unas semanas. El enano se quedó con su padrastro y el legítimo. Nadie le dijo nada. Durante esos días solamente habló con su madre por teléfono una vez. Fue una conversación banal, insignificante, que terminó con un «¿cuándo vas a venir, mamá?»

Unos días más tarde, mamá regresó. El enano no se separó de ella apenas la vio, ayudándola a llevar el equipaje, contándole todo lo que había ocurrido durante esos días... Mi cuñado se llevó al legítimo con la excusa de que lo ayudara a preparar la cena para dejarlos solos en el cuarto. Ella deshacía la maleta. Iba metiendo la ropa en el armario mientras el enano, sentado en la cama, le contaba cómo había sido el cumpleaños de un amigo del colegio. Finalmente, llegó el momento inevitable.

—Mamá, ¿no te ha dado nada el tío para mí?

Mi hermana dejó caer una camisa al suelo, él se levantó para cogerla y quedó de pie frente a ella, quien intentó recomponer su expresión.

—¿No te han dicho nada?

—No. ¿El qué?

Ella palideció sin creerse que tuviera que enfrentarse a ese momento. El niño intuyó algo, pero lo ignoró.

—Pensé que te lo habrían dicho. —Una breve pausa; esta vez el enano sí que reconoció la fatalidad en la voz de su madre—. Tu tío ha muerto.

Posó la mano en el hombro del pequeño.

Silencio.

—Llora si quieres.

El contacto cesa.

Más silencio.

Llorar. ¿De qué servía llorar? Ahí, de pie frente a su madre, todo el cosmos cayó sobre sus hombros, unos hombros que, en lugar de ceder, se creyeron capaces de soportar el peso. Estaba tranquilo. Al fin entendía qué ocurría, por qué su padrastro actuaba de ese modo tan complaciente. Claro: lo sabía y no le había dicho nada.

Llorar. ¿Por qué hacerlo ahora? Ya era tarde, no importaba. Su tío ya estaba muerto. Muerto. No estaba seguro de saber qué significaba y, al mismo

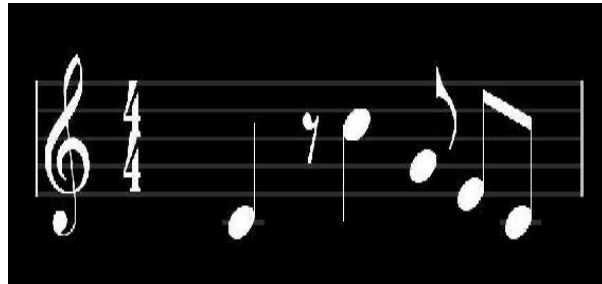
tiempo, no tenía dudas al respecto, tan claro como su madre lo había sentenciado. Nunca más volveríamos a tocar juntos, nunca más escucharía ensimismado mis viejas historias. Supo, en ese mismo instante, que siempre estaría solo, que nunca dejaría de estarlo. ¿Para qué llorar entonces?

—No quiero.

Más silencio indiferente.

09 Emerger

«Money»



Nunca doscientos setenta euros cambiaron tanto la vida de nadie. Comprar aquella vieja guitarra ha sido, sin saberlo, la mejor inversión de mi vida. Y eso que al principio pensé que era una locura, que, en un ataque de exagerada culpa, hasta tal vez me costaría el trabajo, ya que el retraso acumulado superó al final la hora larga.

Pero hoy es mi día.

Al llegar a la oficina, compruebo que nadie me ha echado en falta. Poco después de guardar la guitarra en un armario olvidado de la entrada y ocupar mi puesto, justo cuando las hojas de cálculo pueblan mi monitor y un grupo de cuartillas garabateadas dan un aspecto de llevar tiempo currando, el jefe entra en escena.

—Buenos día, Roa.

—Buenos días, jefe.

—Joder, Roa, sin formalismos.

—Vale... —órdago a chica—, jefe.

Sonrío.

—¡Estás bueno tú hoy!

Asiento y sonrío también antes de meterse en su despacho. No termino de creerme este arrebató de cordialidad. Por lo general, sé cuál es mi sitio y ahí me quedo por más que el jefe se empeñe en que me tome unas confianzas que otros sí aceptan de inmediato. Pero hoy me siento más suelto, no me apetece mantener alta la guardia; estoy relajado.

Comienzo a borrar el *spam* del correo electrónico, a confirmar las reuniones previstas, a revisar la lista de tareas pendientes.

¡Mierda! Me había olvidado de comprar un afinador por si rompe el si esta tarde.

La mañana pasa sin más salidas de tono. Tal vez alguna mirada furtiva al armario, pero el cambio ya ha comenzado. Repaso informes, cambio estimaciones y corrijo propuestas que presentaré por la tarde a unos clientes junto con el jefe. Sin consultarle.

La hora de la comida llega sin avisar y no encuentro el modo de escaquearme de una aburrida sesión de quejas de mis compañeros. Los tópicos de siempre: vaya atasco para llegar, todo está más caro, los niños son

un trasto, no puedo con la hipoteca... Hasta el día anterior formaba parte de este grupo de plañideras. Hoy no digo nada e intento ignorarlos para comer rápido y subir con cualquier excusa para tocar a escondidas la guitarra.

Encerrado en el baño, no me atrevo a hacerlo. No importa. Soy feliz sintiendo su peso sobre las piernas, acariciando su contorno y pasando los dedos despacio despacio sobre las cuerdas, mástil arriba y abajo, ensimismado, como cuando era pequeño y miraba los dedos de mi tío preparándose para la acción.

Acción que debía continuar en una sala de conferencias en cinco minutos. Y allí me planto. Presentación proyectada, sin guion ni chaqueta, ligero como un rock de los cincuenta. Sin perder de vista al público, dedico cada estrofa a uno de ellos sin olvidar los estribillos destinados a dejar bien claro el mensaje en la mente del cliente. El resto del grupo apenas me sigue. El encargado de pasar las diapositivas no sabe a ciencia cierta cuándo tiene que hacerlo. La secretaria tampoco acierta a entregar de forma sincronizada el material de mano y termina por darlo todo junto. Y el jefe simplemente asiste al *show* sin poder ocultar su sorpresa al ver cómo lleno el escenario ni su satisfacción al comprobar la aceptación del auditorio.

Éxito rotundo. Ventas aseguradas. Dinero.

Al terminar, las palmaditas en la espalda son más que aplausos: diez mil más al año, un despacho propio, capacidad de decisión y, tal vez, si sigo así, llegar a ser socio. La actuación vespertina ha sido lo que el jefe necesitaba ver en mí para decidirse a ascenderme y que ocupe esa plaza de adjunto de dirección que llevaba tanto tiempo vacante. Nunca dudó de mi eficacia ni de mis aptitudes, pero necesitaba verme en directo. Ahí es donde se gana o pierde a los fans y yo he partido las tablas. No cabe duda: el corista se había atrevido, por fin, a ser una estrella y sería una estrella que daría considerables beneficios a la empresa. Además, así podría volver a delegar en alguien gran parte del trabajo menos lucido. Piensa que tal vez sea mejor llamarme subdirector. No le parezco ambicioso, pero... nunca se sabe.

Al llegar a casa, lo primero que hago es reservar mesa para dos; lo segundo, quitarme la chaqueta; lo tercero, calzarme la Gibson y sacarle alguna nota limpia entre un amasijo de gritos metálicos. Debería dejarme las uñas largas. No me hago con la púa. Pruebo a enlazar un par de acordes. Esto es otra cosa y mejorará en cuanto tenga un amplificador decente y no estos altavoces de juguete que he comprado más por su reducido tamaño que por su calidad.

Cuando Irene llega, me encuentra subido en el sofá sin pantalones y en pleno éxtasis disonante. Lo peor es que no llega sola.

—¡Hay que joderse!

—Cariño, ¿se puede saber qué estás haciendo?

—Yo, eh... ¡Vaya, capitán, qué sorpresa!

—La sorpresa es mutua.

—Cariño, ¿te importaría vestirme?

—¿Eh? Ah sí, claro. Perdón, es que la estaba probando...

—Una Gibson SG, ¿verdad?

—¡Vaya, suegro! No sabía que le gustaran las guitarras.

—Todos tenemos un pasado.

—Cariño..., los pantalones.

—Sí, sí. Enseguida.

—En fin, papá, que este te sirva algo para beber. Voy a preparar la cena.

—No, espera. Cenamos fuera, que estamos de celebración.

—¿Te han fichado en una discográfica?

—No, suegro. Me han ascendido.

—¡Vaya! Esa sí que no me la esperaba. Tendrás que darme los detalles.

Quién sabe... lo mismo hasta te dejo que te cases con mi hija.

—¡Papá!

—Tranquila, Irene. ¿No ves que está de broma? ¿Nos vamos?

—¿Los tres?

—Si quieres quedarte sola...

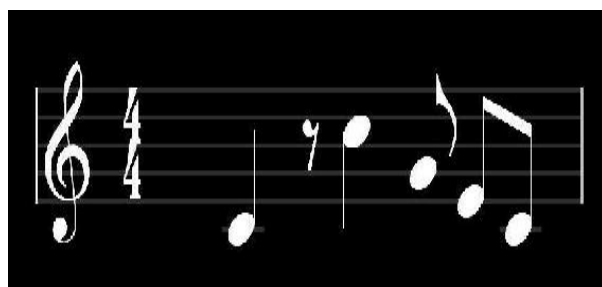
En poco más de veinte minutos, dejamos un taxi y ocupamos nuestra mesa, un poco apretados pero cómodos. Irene, sobre todo. El ascenso de su chico le ha sentado muy bien. Podría perdonarme la excentricidad de la guitarra gracias a la que, por otro lado, ha descubierto una faceta nueva en su padre. Irene no sabe si sorprenderse más por el cambio de su novio o por la conversación sobre músicos de los 60 y 70 que estamos manteniendo yerno y suegro. El capitán parece encantado tanto con los detalles de mi nuevo cargo, que ha sido lo primero en lo que ha indagado, como con la charla en sol mayor; ayudado, eso sí, por un buey de primera y una copa de vino que no le permito vaciar, al tiempo que mantengo ocupada la mano izquierda de Irene, quien tampoco tiene tiempo para echarme en falta.

No podría salir mejor. Hasta el amago de disputa a cargo de la cuenta (al capitán no le gusta dejarse invitar) lo resuelvo a mi favor. Sin que Irene o su padre sepan bien cómo, le afano la cartera impidiendo que saque la tarjeta de

crédito con su velocidad acostumbrada. Ni siquiera puede dejar propina el buen hombre. Para la vuelta a casa, eso sí, cada uno pagará su respectivo taxi.

10 Reconocer

«Us and them»



Han pasado las semanas y aún no se lo he contado. No he tenido que hacerlo. El ascenso ha copado toda su atención. Lo demás se lo ha tomado como una extravagancia. Si ella supiera, si yo le contara... ¿Acaso no lo ve? Tal vez no quiera hacerlo. De momento lleva días tomando medidas y eligiendo cortinas. Llega con un nuevo catálogo de telas y me pide opinión. Yo estoy tocando la guitarra, intentando no emocionarme demasiado mientras comienzo a enlazar dos fraseos, y ella quiere que escoja tejidos. No tiene sentido. Es como en el trabajo. El nuevo puesto venía con una trampa de tiempo en la que ahora no estoy dispuesto a caer. Antes habría dejado allí mil horas. Ahora cumplo escrupulosamente mi horario y mi cometido. Tengo que hacer. Y no, no solo está la música. Ahora siento que comienzo a tener, lo que se dice, una vida.

Claro que debe de darse cuenta. Reservo las noches solamente para ella. Intento que se deje llevar y a veces lo consigo. Antes, por lo general, uno pillaba al otro sedado frente a la tele, demasiado cansado, cuando no durmiendo. Y ¿de qué sirve entonces vivir juntos si no dejamos de ser ajenos? Ahora hago que todo sea más sencillo. Llego y la espero como un blues: suave, sin estridencias, dejando que hablen las cuerdas, sin prisas. Llega y la abrazo, cenamos, charlamos, la beso, reímos, a veces consigo que se olvide del despertador. Después se queda dormida sobre mi pecho, y yo la observo y pienso: ¿qué es de ella, de la Irene que lo último que haría es elegir cortinas? Y me enamoro de esa mujer que, algunas noches, se olvida de todo lo demás, que algunas noches deja que en el mundo no haya nada más que nosotros.

Nosotros, ¿cuánto tiempo hace que no uso este pronombre? Demasiado. Mi tío Andy lo repetía una y otra vez «nosotros y ellos, enano; siempre seremos nosotros y ellos». Para variar, no entendí exactamente a qué se refería, pero para mí era palabra sagrada. No hacía falta más. Pasé un par, tal vez fueran tres, veranos con mi tío y mi abuela en el pueblo. Nosotros. Aunque, para según qué cosas, como la música, las cartas que me pedía que echara al buzón con sumo cuidado, las golosinas..., la abuela era parte de sus *ellos*. *Ellos*. A los que mi tío me decía que había que mantener observados sin que nos observaran. «Siempre alerta, enano», insistía. *Ellos*: el resto del pueblo.

Acompañaba a mi abuela a hacer la compra o cualquier otro recado, le llevaba las bolsas, le contaba bien las vueltas y me fijaba en quién se nos quedaba mirando, nos saludaba, se giraba o quién cambiaba el paso. Los del pueblo nunca nos quisieron demasiado. Ni siquiera a mi abuela, que había nacido allí. De joven se marchó sin decir adiós y, al querer regresar a sus recuerdos, ya jubilada, la trataron como a una forastera; con respeto, pero con distancia. Lo dejaban claro: nosotros no éramos de los suyos.

Irene insiste en ser tan extraña como ellos, tanto como lo que yo llegué a ser hace tan poco tiempo. Al despertar ya se ha ido hasta que, de nuevo, con suerte al anochecer, se deja llevar y me permite afinar su cuerpo para que vibre limpio bajo mis manos. Entonces me sé en casa otra vez, en el pueblo.

La verdad es que no había mucho que hacer. Con el calor no se podía salir de casa durante gran parte del día, y menos a partir del mediodía hasta bien entrada la tarde. Pero no importaba. Cuando no acompañaba a la abuela, pasaba el rato en el estudio de mi tío, donde tenía sus discos y sus guitarras. No estaban todas las que tuvo en el piso, ahora que recuerdo. Solamente un bajo descordado, la endiablada Gibson y una española, que era la que yo tocaba. Él solía despertarse tarde, así que, hasta después de la siesta, procuraba no hacer mucho ruido mientras ensayaba para que luego, por la tarde, me dijera sonriendo «bien tocado, colega, bien tocado».

Así pasaba los días: ayudando a mi abuela por las mañanas, maltratando instrumentos mientras dormían, aprendiendo con mi tío Andy a colocar unos dedos que apenas alcanzaban tres trastes a la vez que me contaba historias de cuando estaba de gira por Australia o América, riéndonos con algún chiste insulso que se me ocurriera, destrozando alguna que otra canción, escuchando discos en silencio mientras él fumaba y yo cerraba los ojos deseando que no terminara el verano, siendo nosotros sin más... Pero terminaban, esos veranos terminaban, y, al final, me marchaba con *ellos*.

De madrugada, Irene se despegaba de mi cuerpo y deja de ser parte de mí. Mezcla aquello que fue mi hogar con un sueño y ambos se pierden por la senda onírica de lo que nunca fue al apartarse, centímetro a centímetro, girándose hacia la ventana que luego iluminará el sol. Me da la espalda, una espalda que poco tiene que ver con la que, hace acaso unas horas, trasteaba mis caricias

vértebra a vértebra antes de hacerse una con mi pecho. Una espalda que cubro con la sábana. La beso.

Ni yo lo entiendo. No tiene sentido ni tampoco vuelta atrás. La dejo dormir y vuelvo al salón. Enchufó la guitarra, me pongo los auriculares y continúo practicando cualquier punteo. Imagino que ella se despierta, que viene a la llamada de la luz nival de la tele muda, que, como una polilla, se queda hipnotizada un momento, observándome sin que yo la vea, antes de abrazarme por la espalda. Maldita literatura. Sé que eso nunca pasará. Si despertara ahora, probablemente ni siquiera vendría. Resoplaría e intentaría volver a dormir.

Regreso a la cama en la que ni siquiera ha notado mi ausencia. Me he dado cuenta de que no la conozco, de que, tras casi tres años, no sé nada realmente importante sobre ella. Bueno, ella no sabía que su padre era un viejo roquero ni tampoco sabe mucho de la mía. Los recuerdos que hemos compartidos podrían sacarse de miles de biografías mal fotocopiadas. Nunca fuimos más allá. Nunca nos enseñamos las cicatrices. Tampoco quisimos verlas. Quizá con la esperanza de que no se notasen. Pero ahí estaban, aquí están.

Ahora... Ahora espero que quiera dar el paso. Por momentos, la siento cerca; por momentos, la pierdo. Intento darle la oportunidad que le negué a mi hermanastro. El pobre intentaba siempre estar conmigo, pero yo le dejaba claro que no lo quería cerca. Él era el hijo legítimo de mi padrastro y mi madre. Cuando los veía a los tres, siempre tenía la impresión de que yo estaba de más. Mientras, el crío solamente quería estar con su hermano mayor, un hermano mayor que fingía odiarlo.

Ellos nunca pasaron más de un fin de semana en el pueblo. Aprovechaban para llevarme y traerme, hacían noche y poco más. Para mí era lo mejor. Cuando estaban allí, tenía que cargar con el niño, que todo lo quería tocar y coger. Mi tío Andy nos miraba y se sonreía. Me decía que tratara de enseñar a mi hermano. «*Hermanastro*», le recordaba yo. Mediaba dándole cualquier tontería para que se entretuviera y no me molestara demasiado. Mi tío era mío, lo único solamente mío. David sobraba.

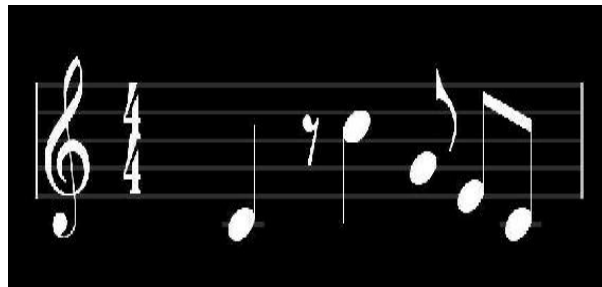
Así, al volver a la ciudad con mi madre, mi padrastro y él, volvía a estar rodeado de extraños. Miraba desde la luna trasera del coche buscando el puño de mi tío. *Nosotros*. El legítimo lo imitaba y yo le atizaba. No lloraba. No decía nada. «No pegues a tu hermano», me reñía su padre. Mi madre me reprobaba con la mirada y hacía una caricia a su hijo que, al poco, volvía a

cacarear. Yo me hundía en el asiento. *Ellos* ganaban.

Es triste no poder reconocerla al alba. Es triste añorar a alguien que tienes al lado. He intentado dar el primer paso, mostrarle mis heridas, explicarle cómo podría curarlas. Siempre cambia de conversación, no está lista. Tal vez nunca lo esté. Tal vez solamente podamos ser nosotros durante unas horas con la excusa de la noche, que todo lo oculta. No lo aguantaré. Tendré que dejarla. Y lo sentiré por la Irene que fue feliz en esos instantes solamente nuestros. Lo sentiré por la Irene que los prefirió a *ellos*.

11 Lo hecho

«Shine on you, crazy Diamond 6 & 7»



Marina miraba a su hijo mayor y no lo reconocía. Cada día se parecía más en el físico a su hermano Andrés, salvo en los ojos, que tampoco eran ya los de su padre. El hielo limpio con el que miraba era algo propio. Antes, al menos, aún se relacionaba con ella pero, poco a poco, el trato fue convirtiéndose en algo meramente funcional. Si necesitaba algo, lo pedía; si se le preguntaba, contestaba. No se negaba a ayudar en casa o a hacer los recados que le mandaran. Aceptaba los horarios que se le imponían y la paga que se le daba. Si pedía llegar más tarde o, acaso, más dinero, aceptaba una respuesta negativa sin insistir. No, no le gustaba esa nueva actitud, tan pasiva.

Ni cuando estaba con sus amigos veía Marina alguna chispa en su hijo. Lo único positivo es que habían cesado los ataques a Juan Luis y a su hermano; ahora simplemente los ignoraba la mayor parte del tiempo y, cuando tenía que tratar con ellos, lo hacía acorde a esa nueva actitud: de forma correcta pero distante.

Por ejemplo, no ponía pegats si tenía que quedarse una tarde cuidando de David, pero el cuidado consistía en mantener a su medio hermano solo en el salón haciendo los deberes, viendo la tele o jugando con alguno de sus juguetes mientras él pasaba el rato en su cuarto escuchando música y planeando su vida cuando, por fin, terminara la carrera y tuviese un buen trabajo para marcharse de casa. De vez en cuando, salía a por agua a la cocina, o al baño, y echaba un vistazo al niño. David, a veces, intentaba llamar su atención pidiéndole ayuda con los deberes o irse con él a escuchar música a su cuarto, siempre a media voz y mirando hacia abajo, lo que hacía que, muchas veces, su hermano ni siquiera le oyera. Cuando lo hacía, Roa no se negaba a lo primero: se acercaba y le daba las explicaciones oportunas sin permitir preguntas. Si el niño seguía sin enterarse, rellenaba él mismo el cuadernillo o escribía en una hoja aparte lo que tenía que copiar en la libreta. A lo segundo respondía siempre con un incontestable *no*, aunque luego subía el volumen de la minicadena. En cierto modo, pensaba que tal vez podría aprender algo de legítimo. Cualquier otra petición de David era ignorada. Si había que procurar que el niño se bañara o cenara, simplemente salía al salón a la hora oportuna y le decía que fuera al baño, o calentaba lo que hubiera dejado su madre de cena y lo dejaba en la mesa del salón. David ya sabía lo que tenía que hacer:

recogerlo todo al terminar. Al volver, sus padres lo solían encontrar dormido en el sofá mientras su hermano seguía estudiando en la habitación.

Lo que Roa nunca eludió fue la compañía de su abuela. Tras la muerte de Andrés, la mujer pasó una larga temporada con ellos en la capital. Después se hizo habitual tenerla en casa desde un par de meses antes de Navidad hasta principios de marzo, cuando el frío se empezaba a aburrir del pueblo. Roa no solo no mostró nunca inconveniente en tener que compartir cama con su medio hermano o usar una incómoda supletoria en el cuarto del legítimo cuando crecieron, sino que parecía contento de cederle la suya a su abuela. Cuando volvía de clase, al terminar los deberes, se quedaba con ella y pasaban la tarde viendo la tele o jugando a las cartas. Incluso David era bienvenido si así lo pedía la mujer. Si no hacía muy malo, aprovechaban para salir a caminar, siempre a solas. Eran unos paseos largos y sin apenas palabras. No hacían falta. La abuela se agarraba a un fuerte brazo que se fundía con el suyo, y él intentaba grabar el recuerdo de ese cálido contacto en su memoria sabiendo que no podría encontrarlo después.

Entre ambos, el fantasma de Andy jugaba al escondite. La abuela encontraba el rastro de su hijo en el cuerpo del muchacho; en alguno de sus gestos más anodinos, como rascarse la oreja cruzando el brazo opuesto por detrás de la cabeza; en sus expresiones al sorprenderse, en detalles de esa voz que ya comenzaba a cambiarle... Él se dejaba llevar de la mano del recuerdo hacia los días que pasaron los tres en el pueblo, cuando caminaban y caminaban para hacer la compra y mil recados más antes de volver a aquella enorme casa donde Andy estaría ya afinando sus guitarras o transcribiendo alguna canción mientras lo esperaba para tocar juntos un ratito hasta que la abuela los llamara para comer. Sí, se hacían daño con solo acercarse, se curaban con solo estar cerca. Cuando la abuela volvía al pueblo, ambos sentían alivio y vacío al mismo tiempo.

—Pórtate bien con tu hermano y estudia mucho, hijo —era siempre la frase de despedida de la abuela antes de abrazarlo y darle un beso.

—Hermanastro... —contestaba él bajito al dejarla ir.

Con David se rompía el armisticio cuando la abuela desaparecía. Marina encontraba algo de consuelo en que, al menos, se tomaba en serio los libros. Roa ya le había dicho que quería estudiar Marketing y le había enseñado varios folletos de universidades; todas privadas, todas lejos de casa. Juan Luis le dejó claro a Marina que, aun con beca, sería difícil que estudiara donde él quería; que, aparte de la matrícula, tendrían que pagar la estancia. Además,

había varias universidades públicas, a tiro de cercanías, en las que recibir la misma educación. Y no había que olvidar que a David había que darle el mismo trato.

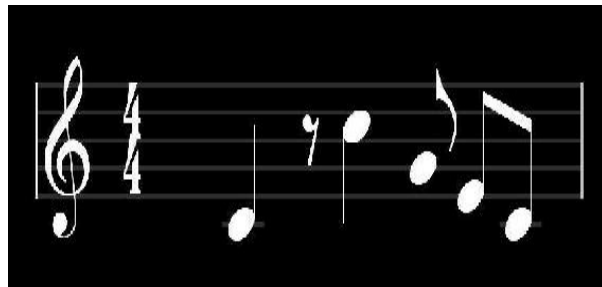
Pero Marina no le dijo nada al chico. Estaba claro que era algo que solo su madre podría hacerle entender. Cualquier intento por parte de Juan Luis de convencerle habría supuesto un ataque frontal a los sueños de Roa, una muestra más de que su padrastro lo veía como un estorbo, igual que él los veía a ellos. Marina tampoco se sentía con fuerzas para echar por tierra algo por que, por fin, parecía mantener ilusionado a su hijo. No, guardaría el golpe hasta el último momento.

Porque Juan Luis tenía razón: no podían pagarle una universidad privada.

Por suerte, su abuela ya había pensado en todo. También, claro está, en su nieto pequeño.

12 Elegir

«Any colour you like»



Supe que aquel sería el primer paso.

Duramos apenas unos meses más. Irene no llegó a aceptar la nueva situación. Yo acababa de ascender, pronto sería socio y, en vez de esforzarme más en la empresa para afianzarme en el puesto, lo arriesgaba para tocar la endiablada guitarrita. ¿Es que no pensaba en el futuro que estábamos construyendo juntos? Se quejaba de que se me llenara la boca con el *nosotros, nosotros, nosotros*, pero, si me pedía que la llevara a mirar alfombras, le ponía mala cara y seguía tocando. No, no iba a aguantarlo. Y así me lo dijo, o empezó a hacerlo. Entonces saqué ese nuevo Roa que le atrae, y le aterriza, porque no puede negarme nada cuando la miro así, cuando le hablo de ese modo que besa su cuerpo en la distancia. Le gustaba aquello, pero sentía que no estaba bien, que seguir ese camino hedonista arruinaría todo lo que habíamos conseguido juntos. Todo por unos momentos agradables, sí, pero solamente unos instantes. Yo le decía que podría ser siempre así. Ella lo dudaba. Y luego estaba el pudor que tenía por hablar del pasado. ¿Qué más me daba? Estábamos ahí, ahora; teníamos todo un futuro juntos si yo no lo tiraba por la borda, alegaba. Pero de eso yo no quería hablar. El plan de vida que habíamos trazado ya no me interesa, según ella. No podía perder más tiempo: o volvía a ser el de antes o tendría que irme.

Me he ido.

El siguiente paso es subir a la oficina con una carta de dimisión. Es delicioso ver la cara del jefe entre incrédulo y desconfiado. Es sublime decir que no a más dinero. Salgo del edificio sintiéndome liberado, renacido.

Arranco, callejeo, pierdo de vista la ciudad y me dejo llevar hacia el pueblo de mi abuela. La mujer ya no vive allí. Mi madre la trasladó a una residencia a las afueras de la ciudad con la excusa de tenerla más cerca. Siguió viéndola poco. Yo la visitaba dos o tres veces al año. Eso tiene que cambiar. Tal vez regresara al pueblo. No sería difícil convencerla de que se venga a vivir conmigo. Conduzco durante horas hasta que, al fin, me desvío por carreteras comarcales.

Poco después, tras una curva cerrada, las primeras casas emergen sobre el cerro. Aminoro la marcha, sin llegar a detenerme, cuando paso frente a la que será mi nueva casa mientras intento adivinar qué arreglos le harán falta. Da

igual ahora. Cruzo el pueblo y salgo a las afueras en dirección al cementerio. Es un poco tarde, pero espero encontrarlo abierto. Tengo suerte. Aparco y me acerco a las oficinas. Una joven me indica dónde puedo localizar la tumba de mi tío Andy. Le doy las gracias y me dirijo hacia la zona indicada después de pasar por el coche. Encuentro el nicho:

Andrés Roa Delgado 1956 — 1989.

Murió con la edad que tengo ahora yo. Murió a la edad en la que yo comienzo a vivir la vida que nunca me atreví. Sé que mi tío no está ahí. Por un momento, el viejo Roa vuelve para hacerme ver lo ridículo de la situación. ¿Qué quiero conseguir con este melodramático numerito? Pronto lo sabré.

Dejo el amplificador portátil en el suelo, conecto los cables, me visto la guitarra y enciendo el equipo. Pienso si decir algo, pero, simplemente, comienzo a tocar: mi menor.

—Bien tocado, colega, bien tocado —la sepulturera.

—Gracias.

—Anochece: hora de cerrar.

—Perdona...

—Tranquilo, no todos los días tengo concierto privado.

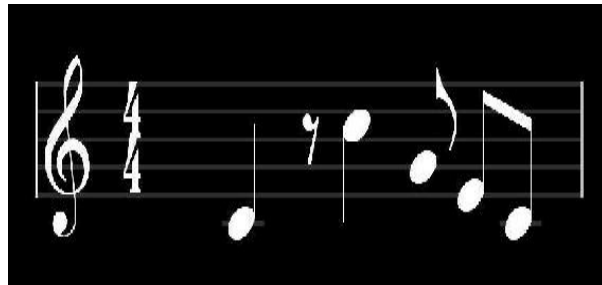
—Bueno, era para mi tío.

—Si quieres, estate un rato más, pero luego me llevas al pueblo, que no me gusta volver andando de noche.

—Vale.

13 Construire

«Brain damage»



Llamo a mi madre. Le digo que voy a verla, que llegaré tarde, que me quedaré a dormir. *Ya me ha contado Irene. No tengas prisa y conduce con cuidado.* Había intentado localizarme, pero tengo el móvil apagado. La llamada a Irene facilitó las cosas.

Llego de madrugada. Estaba esperándome medio dormida en el sofá con la tele en silencio.

—¿Estás bien, hijo?

—Sí, cansado.

—Ve a tu cuarto, ya hablaremos mañana.

—Sí, mañana.

Es triste descubrir extrañeza en su expresión cuando le doy un beso. Normal, no está acostumbrada. Ya habrá tiempo de cambiar eso. Lo que no ha cambiado es mi vieja habitación. Incluso conserva todavía alguno de los posters que llevarán ahí, ¿cuánto: quince años? La cama de ochenta se me hace diminuta a la hora de dar vueltas hasta dormirme.

Amanece. Le cuento mis planes a mi madre de camino a ver a la abuela. No pondrá pegatas para que vuelva a dar vida a la casa del pueblo. La abuela deja bien claro que ella irá solamente de visita allí, que aquella será mi casa mientras mantenga su dormitorio como está.

—He vivido allí los momentos más difíciles de mi vida —nos dice—, pero también muchos que no merecen pagar el castigo del olvido.

Me doy cuenta de que, por momentos, buscaba en mí a su hijo.

Aparte de mucha agua para limpiar todo el abandono, y alguna mano de pintura, la casa no necesita muchas más tareas de mantenimiento. Mi abuela se había encargado de dar la lata a su hija para que no dejara morir el que había sido su hogar. Mi madre insistió en ayudarme. No se terminaba de fiar de que lo limpiara todo como Dios manda. Supongo que, en realidad, quiere pasar un tiempo a solas conmigo. Tampoco insisto mucho para que no lo haga. Necesito estar con ella. Trabajamos todo el día.

Al siguiente comienza la ronda de pintura, que durará todo el fin de semana. Juan Luis, mi padrastro, se ofreció a echarme un cable para elegir la pintura y organizarlo todo. Lo dejé en sus manos; entre otras cosas, porque no tenía ni idea de que hicieran falta tantas cosas para pintar una casa. Es la

primera vez que hacemos algo realmente juntos. Se le ve feliz extendiendo los plásticos por el suelo diciéndome que tire de aquí o de allá, recibiendo mi torpe ayuda sin desaires.

A mediodía llegan el legítimo y su mujer con patatas fritas para un regimiento, unos pollos asados fríos y las bebidas calientes. Solamente a él se le podía ocurrir poner las latas como base de la comida. Tras reírnos del niño un rato, vamos juntos a comprar hielo.

No hablamos durante el viaje de ida. Querría preguntarle tantas cosas... Pero es difícil. Me he portado muy mal con él durante demasiado tiempo. Y, por muy cambiado que pudiera parecerle, el muro que yo había construido entre ambos a base de desprecio no se derribaría con un simple día en familia. Paro en la gasolinera de las afueras. Voy a por el hielo. Él se queda escuchando la radio. Cuando vuelvo, me está esperando fuera. Le tiro la bolsa y casi se le cae. No puedo evitar reírme. No debí hacerlo. Voy a decir algo, pero se mete en el coche. Regresamos en silencio.

Durante la comida me mira como si fuera a arrancarse para después apartar la vista. La conversación gira en torno a la casa. Tenemos un instante a solas y le pregunto:

—David, ¿te pasa algo?

—No te han contado nada.

—No, ¿el qué?

—Pensé que mamá lo habría hecho —hace una pausa—. Paula está embarazada.

—Joder, me habías asustado. —Lo abrazo, pero la falta de costumbre le hace desasirse rápido—. Felicidades, ¿no?

—Sí..., claro.

—¿Pasa algo más?

—Bueno, ya sé que a ti no te van mucho estas cosas, y lo más seguro es que no quieras. A mí me habría gustado, a Paula también, pero... si no quieres, lo entiendo. No pasa nada...

—¿Qué?!

—Querría ponerle tu nombre.

—¿Andrés?

—Sí.

Pausa medida.

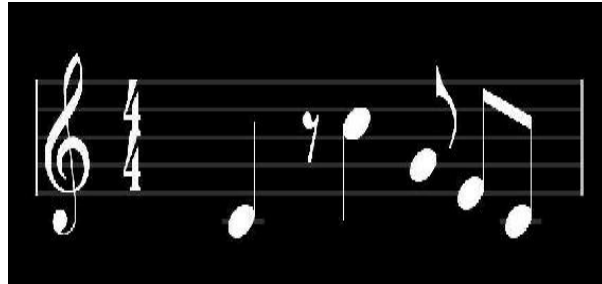
Sonrío.

—Será un orgullo, hermano.

Entonces sí, me devuelve el abrazo.

14 El porvenir

« «Shine on you, crazy Diamond 8 & 9»



La universidad puso paz, por fin, a la guerra fría en casa de Marina. El tiempo y la distancia hicieron el resto. Aunque lo cierto es que las relaciones nunca fueron las típicas de una familia de anuncio. ¿Y quién quería eso? Marina se conformaba. Andrés apenas iba a casa una vez al mes, a veces cada dos, y en vacaciones. David creó su propio espacio durante la ausencia física de su hermano. Cuando estaban juntos, se notaba que no sabían tratarse. Descubrieron que el que se sentaba a su lado en la mesa era un extraño. Con Juan Luis, Andrés seguía manteniendo las distancias. Su actitud era mera pose, pero no era capaz de dejarla.

Andrés se colocó como becario en una importante compañía. Consiguió rápido su deseada independencia. Los cambios en realidad fueron pocos; menos visitas, eso sí. Marina lo notaba contento al teléfono. Siempre tenía mucho trabajo, tenía que abrirse hueco, ascender, prosperar. Lo fue consiguiendo.

Un verano llegó con una chica, Irene, quien llevó el peso de la conversación a la hora de contarles todos los detalles desde el momento en que se conocieron, en una convención en Londres donde la empresa de Andrés intentaba abrirse al mercado británico. Marina escuchaba atenta en apariencia.

—Entonces cruzamos el puente de Westminster y llegamos a Battersea Park —contó Irene.

—No, a Battersea Park se llega a través del Albert Bridge —corrigió Marina.

—Mamá, ¿cuándo has estado tú en Londres? —Andrés dio voz a la sorpresa de todos.

—No, no... Yo nunca he estado allí —mintió—, pero tu tío, ya sabes... ¿No te contó lo del concierto en Battersea Park? Bueno, bueno..., no importa. Por favor, continúa, Irene. —E Irene siguió contando el resto de la historia.

Marina ya no escuchaba.

Ella seguía en el puente, con una pequeña caja de madera en las manos. Dentro, un cheque doblado y desdoblado demasiadas veces. Andy estaba a su lado, esperando. Habían llegado hasta allí para borrar el error de una noche. Nadie lo sabría nunca, ni siquiera su madre. Solo Deivid, Andrés y ella.

La vida volvería a ser la que habría sido si aquella noche le hubiera respondido a Ceci que no le apetecía salir. Demoleдорamente sencillo. Así se

lo había explicado Deivid por teléfono. Le envió un cheque, dos billetes de avión y la pérfida cajita celta. *Era lo mejor*, le había insistido. Y después pensó muchas veces si realmente debería haberle hecho caso. No pudo evitarlo. Durante años odió a su hijo. Se preguntaba cuántos pesares se habrían ahorrado de haber abortado; después se sentía despreciable. Pero no, no lo hizo. Simplemente por orgullo. No se volvería a dejar encandilar más por aquella caja ni por Deivid. Allí, en mitad del Albert Bridge, se la dio a su hermano con el cheque dentro. Le dijo que se la devolviera a su dueño y volvió caminando hasta el hotel cruzando Battersea Park.

A Marina siempre le gustó Irene. La pareja parecía tener futuro. Por eso se extrañó tanto cuando ella la llamó y le contó que Andrés se había marchado de casa y lo había dejado todo. Marina no lo entendió. Después llegaron demasiados cambios, que parecían para bien, aunque excluían a Irene.

Ese nuevo comienzo lo sería para todos, menos para la abuela Delgado, que no llegaría a ver a su primer bisnieto ni a los que llegaran después. Se perdería las futuras comidas, por fin, en familia. Aunque tal vez ahora, que parecían posibles, fuera el mejor momento para dejarlos y marcharse antes de que la decepción volviera a jugar con su vida o la de los suyos. Se iría sabiendo de sobra que lo torcido raramente se endereza del todo. Así, la buena mujer marchó en silencio, sin molestar, dejando (previsora, como siempre) bien atado y pagado todo lo referente a su funeral, que había detallado a la perfección en una carpeta azul que tenía desde hacía unos meses en la mesita de noche al prever que moriría, como así fue, en la cama de la residencia.

A primera hora llamaron a Marina. Su madre había muerto de forma natural mientras dormía. Según los médicos, no había sufrido, y su rostro estaba tranquilo y sonriente cuando fueron a despertarla. Marina colgó el teléfono y, a medida que descendía el brazo, lo hizo también el primer llanto por su madre. Llamó a Juan Luis, que intentaría escaparse en cuanto pudiera. Llamó a sus hijos. Primero a David para que se acercara a llevarla a la residencia. Después al móvil de Andrés, que, más que por la abuela, le preguntó por ella, tranquilizándola, consolándola.

Las instrucciones de la abuela eran claras y precisas. Ya tenía pagado el ataúd con el que sería incinerada. Además, había hecho las diligencias oportunas para que también fuera incinerado lo que quedara de su hijo. Andrés fue el único que no se sorprendió de ese detalle. En alguna de las últimas visitas a su abuela había llevado viejas fotos que encontró en la casa, algunos diarios de su tío que le recordaron que Andy elogiaba la épica del funeral

vikingo en varias letras de las canciones de ese disco que nunca grabó. Al principio no estuvo seguro de si le haría bien a su abuela, pero, si le habían hecho bien a él...

Así pues, la cremación sería el primer paso. La orden de la abuela de esparcir las cenizas por el mar era el segundo. Esto planteaba algunos problemillas legales, pero la señora, como siempre, había pensado en todo. Hasta había fletado un pequeño velero para que la familia pasara el día en el mar. Solamente tenían que comprobar la disponibilidad de fechas y embarcarse todos juntos a disfrutar en familia y, de paso, cumplir su último deseo.

Así fue. Tuvieron que esperar algunos meses, pero llegó el momento. Andrés se encargó de coordinarlos a todos. Insistió en que Juan Luis invitara a sus padres. También le dijo a su hermano David que se pusiera pesado hasta que Paula, que ya lucía un hermoso embarazo, convenciera a su familia para asistir.

Llegó el día. El nombre del barco le era familiar, pero no cayó en la cuenta de que formaba parte de la flota de su antiguo suegro hasta que vio a Irene en la pasarela para recibirlos. Andrés se acercó y le dio dos besos. Irene se los devolvió y le sonrió.

—Hola.

—Hola.

No fue incómodo, y eso les sorprendió a ambos. Esa sorpresa provocó unas sonrisas nerviosas. Tras la pausa, Irene prosiguió:

—Tenéis tres camareros, dos tripulantes y el capitán. Está todo pagado. De todos modos, para cualquier cosa, preguntadle al capitán o llamadme al móvil.

—Le tendió una tarjeta a Andrés.

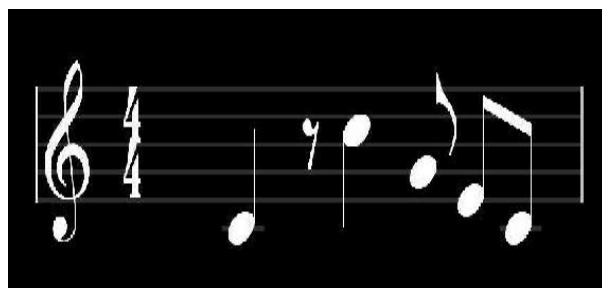
—Gracias.

—No, Andrés, gracias a ti. —Y se marchó.

Poco después fueron llegando los demás. Pasaron el día en tono de celebración. Cuando el agua se volvió fuego, Marina y Andrés cogieron una urna cada uno y entregaron su pesar al océano.

15 CODA

«Eclipse»



Creo que la solución es bastante sencilla. Supongo que el enano habrá comenzado a darse cuenta, aunque eso no quiere decir que vaya a ser fácil ni, mucho menos, inmediato.

Lo cierto es que, llegado el momento, la realidad se vuelve subjetiva. Lo que miras no es exactamente lo que ves. Lo que escuchas no es lo mismo que lo que oyes. Lo que tocas, lo que hueles y saboreas se ve afectado por el filtro de tu piel, de tu olfato y tu lengua. Decimos que el cielo es azul, pero ¿cómo sé que el azul que tú ves es el mismo que el que yo veo? No podemos: aceptamos el convenio y, más o menos, nos apañamos, sobrevivimos, porque en realidad da lo mismo. Es mejor así.

Los matices nos volverían locos.

¿Cómo interpretar, entonces, lo que no se basa en los sentidos? Lo que dices y lo que quieres decir. Lo que callas, lo que ocultas, lo que tus acciones desmienten. Lo que crees justo, honrado, decente. Lo que necesitas controlar y todo aquello que parece querer arrasar contigo. Lo vacío, lo innecesario, lo indiferente, lo importante, lo vital.

A veces nada parece tener sentido, a veces todo parece que son señales que nos guían hacia nuestro destino. Para unos, no existen las casualidades; para otros, es todo cuestión de azar. Lo que quieras creer, lo que te dé consuelo. Lo que te nazca de dentro o te venga impuesto. ¿Qué diferencia hay? Ninguna. Toda.

Puedes reducirlo a latidos. Ya sean de un corazón valiente o asustadizo. Pausados o agitados. Incontables latidos de más, nunca de menos. Ese ritmo constante que nos acompaña desde antes de ser. Ese vaivén que marca el ritmo de nuestra verdad, incluso cuando nos negamos a creerla pensando, ilusos, que nos traiciona.

Hasta después de dejar de ser seguí notando la fuerza del palpito cósmico que me envolvía. Entonces no me di cuenta, pero ahora estoy seguro de que esto ya lo he vivido. Fue en otra vida que ya comienzo a olvidar, porque hay que olvidarlo todo antes de recomenzar. El pulso de su madre es el del universo para el feto. Nunca estuve muerto, solamente renaciendo.

Agradecimientos

Esta novela pasó por varias fases y, entre unas y otras, por alguna que otra mano que tuvo a bien perder su tiempo en leer la versión de turno.

Gracias a las impresiones de esas personas, pude (creo) mejorar el trabajo, aunque no tanto como quizá alguno esperaba (*sorry*).

No, no los voy a mencionar aquí, que quizá a alguno no le haga gracia y al común de los mortales poco les dirá.

Como sea, ellos saben quiénes son así que: gracias. Gracias por vuestra mirada virgen y, sobre todo, por vuestro tiempo. No tenéis nada más valioso y me regalasteis un buen pellizco para mejorar algo ajeno que, espero, se hiciera en parte algo propio.

Gracias también al equipo de Alma Negra Ediciones: al comité lector, por dar el visto bueno; a Juanma, por las geniales ilustraciones; y a Eba, editora multi-instrumentista, por la confianza y paciencia en los ajustes finales.

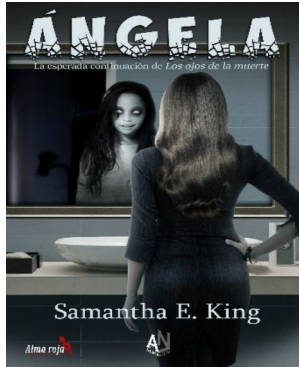
Y a ti, que pasas por aquí y echas más de una mirada, gracias también por perdonar las imperfecciones y seguir quemándote las córneas. Espero que hayas disfrutado de esta hora y media de lectura.

Venga. Hasta más leer.

En otras colecciones de Alma negra:

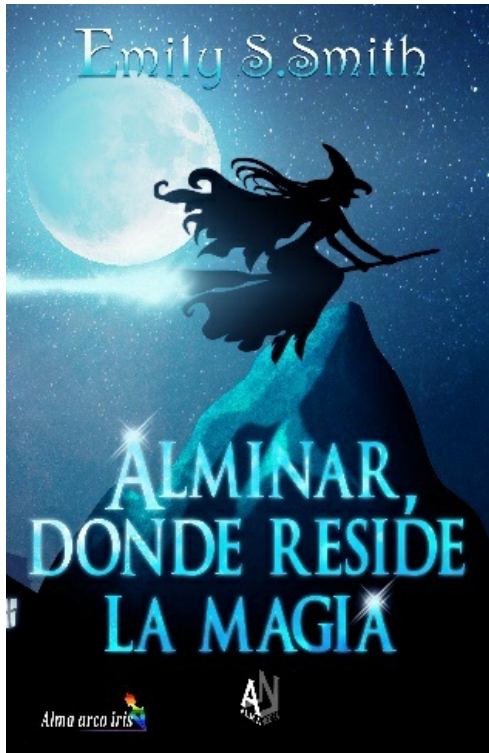
ÁNGELA

La esperada continuación de *Los ojos de la muerte*



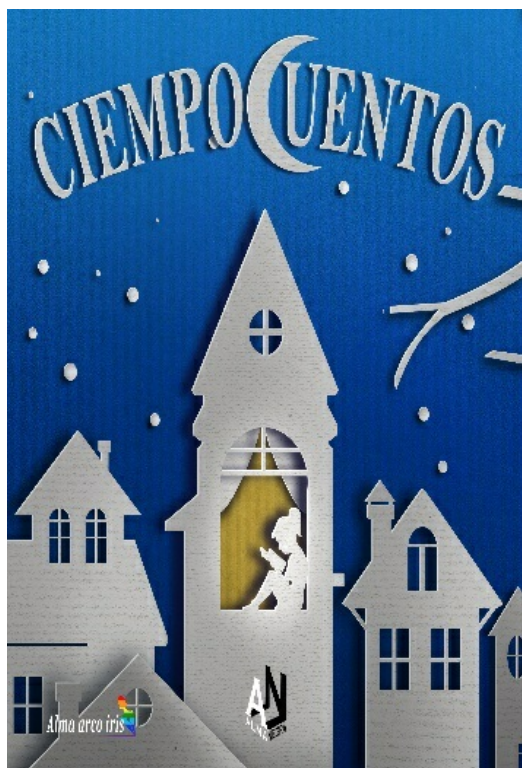
¿Cómo empezó la maldición de la familia Aguirre? ¿Qué ocurrió con David? ¿Y con Natalia? Todos estos interrogantes, y muchos otros, se desvelarán en esta novela, donde seguiremos los pasos de Ángela y descubriremos miles de secretos ocultos. ¿Preparado para enfrentarte a la verdad y la Muerte?

Alminar, donde reside la magia



Maca y Santi sufren una calamidad muchísimo peor que el meteorito que extinguió a los dinosaurios. Tienen que abandonar a sus amigos, sus juegos y su vida para trasladarse de una gran ciudad a un pueblecito perdido entre montañas. Allí, encuentran un lugar extraño donde no conocen a nadie y, ante ellos, se abre un futuro problemático y muy, pero que muy aburrido. O eso creen ellos hasta que tropiezan con una bruja y su gato.

Ciempocuentos



Los niños de Ciempozuelos te invitan a leer estos cuentos que ellos mismos han escrito y, en ocasiones, ilustrado. Ciempocuentos está integrado por 77 relatos escritos por niños de entre 8 y 12 años de la localidad madrileña.

[\[1\]](#) Las canciones que se señalan en cada capítulo son recomendaciones musicales que acompañarían a la lectura. La duración de cada una de ellas coincide con la lectura real de la novela. Todas ellas pertenecen a Pink Floyd, de los discos *Dark Side of the Moon* y *Wish you were here*.

Table of Contents

01 OBERTURA
02 La noche
03 Despertar
04 El día
05 El sueño
06 Recordar
07 La realidad
08 INTERLUDIO
09 Emerger
10 Reconocer
11 Lo hecho
12 Elegir
13 Construir
14 El porvenir
15 CODA